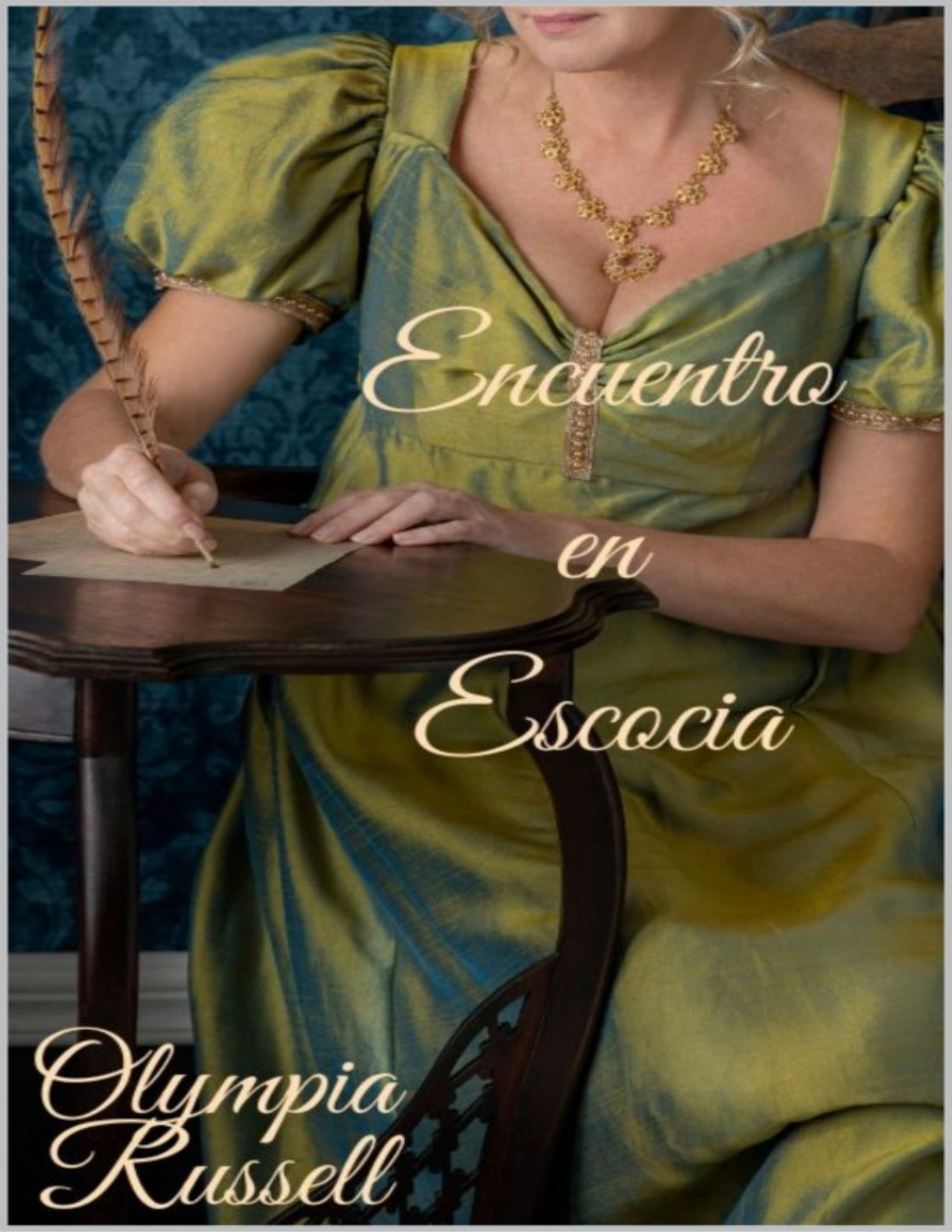

Encuentro
en
Escocia
Olympia
Russell

Encuentro en Escocia

© Encuentro en Escocia
© Olympia Russell. M. Jiménez 2025
Todos los derechos reservados.
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier
forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.
Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Capítulo 1:

—¡¡Maldita sea!! ¡¡Maldita pelirroja!!

En el palacio de uno de los hombres más poderosos de Gran Bretaña —Fitzjames Dankworth, Duque de Silesmount —solo se escuchaban improperios y el ruido que hacían los criados al correr de un lado a otro, desorientados.

La mañana había empezado como todas las mañanas anteriores de los últimos treinta y ocho años: con todo controlado y en su sitio.Todo medido y exacto, como un reloj suizo.

En aquel palacio espléndido, uno de los más espléndidos de todo Londres, había casi tantos criados y trabajadores como en el mismísimo palacio real. Y todo funcionaba con la misma pulcritud, orden y exactitud que en el hogar de los monarcas. No podía ser de otra manera, su dueño era un grande entre los grandes. Un Duque poderoso, con extensas propiedades, una gran fortuna y mucho poder.

Bueno, lo cierto era que esto último había disminuido un poco los últimos años, justo los que llevaba retirado la cámara de los lores. Se había retirado voluntariamente para dejarle espacio a su hijo.

Se trataba de su hijo legítimo, ya que lo había reconocido, pero era fruto de una relación extramatrimonial, ilícita y, como la llamaba él para sí mismo: "el mayor error que había cometido en su vida".

El error no era su hijo —Charles McKay, con el que mantenía una relación formal, un poco distante en apariencia, pero profunda y afectuosa en la realidad, ya que los dos hombres se entendían tan solo con una mirada y se tenían un afecto especial. De hecho, para aquel noble poderoso, su hijo era su mayor motivo de orgullo… Aunque le hubiera salido liberal en vez de conservador, como él.

No, el error era su madre. De la que su hijo, por cierto, había recibido aquellas horribles ideas liberales.

Y el mayor error había sido sucumbir a su hechizo y acostarse con ella.

Darle aquella victoria.

Porque lo que había habido entre aquella mujer y él había sido una guerra cuya batalla final había sido sobre un lecho. Y había perdido él.

El fruto de aquel error, su hijo, era lo único bueno que había salido de aquello, pero, no era suficiente para olvidar la herida en su orgullo.

Habían pasado treinta y cinco años desde que había ocurrido. Él había dejado de ser un joven impulsivo y orgulloso para convertirse en un hombre maduro más reflexivo, pero igual de orgulloso.Y cada vez que se acordaba de ella, sentía la misma rabia y ganas de venganza.

Pero, por suerte, con el paso de los años el recuerdo se había ido haciendo más lejano y esporádico. Ahora, a sus cincuenta y ocho años, podían pasar semanas sin que la sonrisa victoriosa de ella le apareciera en la mente y le estropeara un buen día.

Era cierto que desde que había dejado su labor en la cámara de los lores había pasado una pequeña crisis que le había hecho recordar más a menudo aquel pasado. La pérdida de las estimulantes reuniones en la cámara, en la que él había sido el azote de los liberales, el líder de los conservadores y la cabeza visible de los mayores enfrentamientos, le había hecho pasar una temporada un poco desorientado. Sin su mayor ocupación, había tenido demasiado tiempo libre y la indómita madre de su hijo se le había aparecido en los recuerdos y en los sueños más a menudo de lo deseado.

Aquella inactividad política, sin embargo, había tenido un aspecto positivo: había empezado a hacer más ejercicio físico y eso se había notado en su cuerpo.

Siempre había sido un hombre atlético y musculado, alto y delgado, pero también fuerte. En su juventud había sido deseado

por todas las mujeres sin hacer el mínimo esfuerzo, y no solo por su título y su fortuna, sino porque había sido terriblemente atractivo.

Aquel atractivo se había suavizado un poco con los años, ya que, por el peso de las responsabilidades, se había abandonado un poco físicamente, pero al dejar la cámara de los lores, había sustituído la actividad política por actividad física y, de nuevo, volvía a lucir un físico envidiable. Tanto, que quien no lo conocía de antemano podía calcularle quince años menos de los que tenía.

Además, seguía manteniendo la mandíbula y los pómulos marcados, su nariz recta y distinguida, pero, sobre todo, unos ojos negros grandes y profundos que durante toda su vida le habían valido tanto para llevar a innumerables mujeres al lecho, como para desarmar a sus rivales políticos con su fiereza.

Sí, el abandono de su actividad política de primera línea había tenido consecuencias desiguales, pero en los últimos tiempos eran más las positivas que las negativas.

Sobre todo el último mes, cuando había recibido un encargo directamente del Rey. Aquello, junto con su recuperada buena forma física, le había dado una energía renovada y le había hecho sentir, de nuevo, joven y vital.

Y había olvidado a la madre de su hijo.

Hasta que recibió un nuevo despacho del Rey, relacionado con su nuevo encargo. Un despacho como todos los que había recibido hasta entonces, con el mismo sobre en tono sepia y con el papel más distinguido de Annonay. Un despacho lacrado en rojo real, con el Gran Sello del Reino, pero un despacho con un contenido que hizo que el Duque perdiera los papeles y comenzara a jurar como si fuera un estibador del puerto.

Unos juramentos en los que se superponía constantemente la misma expresión: ¡¡¡maldita pelirroja!!!!

Capítulo 2:

Fitzjames Dankworth conocía a George IV, el Rey, desde siempre, ya que era tan solo cinco años menor que él. Como Duque y cortesano, había mantenido relación habitual con él, una relación que no se podía considerar íntima, pero sí cercana.

George IV contaba con el Duque de Silesmount cuando necesitaba consejo o ayuda en temas relacionados con la gestión de tierras, ya que Fitzjames Dankworth era un experto. En primer lugar, porque había estudiado Leyes y Derecho en Oxford, pero, sobre todo, porque era dueño de multitud de tierras repartidas por todo el Reino, incluidos Gales, Irlanda y Escocia, y conocía, de primera mano, el enrevesado entramado legal que cambiaba según las zonas.

Por otro lado, Fitzjames Dankworth era un hombre cargado de autoridad, que jamás perdía los papeles. La mezcla de todas estas características le hacía la persona ideal cuando el Rey tenía entre manos algún conflicto territorial lejos de la capital.

Había recurrido a sus gestiones y su consejo en innumerables ocasiones, como acababa de hacer un par de meses atrás, y siempre había conseguido buenos resultados para la corona.Y Fitzjames Dankworth siempre había aceptado esos trabajos con orgullo y profesionalidad.

Pero esta vez no estaba dispuesto a hacerlo.

Por eso, cuando se calmó un poco, decidió pedir audiencia ante el Rey con un objetivo claro: Iba a presentar su renuncia, no quería ocuparse de lo que le había encomendado el Rey.

No era fácil conseguir audiencia con George IV, pero después de tantos años de relación, para él era bastante sencillo. Solo tenía que mandar una petición urgente con uno de sus criados y, seguramente, el Rey haría un hueco entre sus compromisos. Solo por ser él quien era.

Lo hizo y menos de una hora después de que el mensajero saliera de su palacio, recibió la contestación de George IV. Escueta, e imperativa:

"Ven ahora"

capítulo 3:

Mientras se dirigía al palacio real en su coche de caballos más distinguido y con sus mejores galas, Fitzjames Dankworth había sentido un punto de preocupación. El Rey siempre le escuchaba y, normalmente, aceptaba sus peticiones y sugerencias, pero era el Rey y, por eso mismo, imprevisible. Y eso era lo que temía, que, por una vez, el Rey no atendiera a sus peticiones. En cualquier caso, no podía hacer nada aparte de cruzar los dedos.

Él era un hombre lógico y racional que creía tan solo en lo que era empírico y demostrable, pero una señal de que se encontraba ante un momento vital que le desconcertaba profundamente fue, precisamente, que realizó todo el trayecto entre su palacio y el palacio real con los dedos índice y anular cruzados.

En las dos manos.

Sin embargo, reafirmando su fé en la ciencia, el método no resultó efectivo, porque la respuesta del Rey fue la peor posible:

—No acepto tu renuncia, Fitzjames.

Capítulo 4:

Delante del Rey no tuvo ningún problema para controlar su disgusto: era el Duque de Silesmount, famoso por su frialdad y sangre fría. Sin embargo, por dentro su sangre hervía y en su cabeza volvió a aparecer aquel "¡¡Maldita pelirroja!!" , que había atronado en su palacio.

En cualquier caso, no iba a dar la batalla por perdida e iba a intentar convencer al Rey.

—Entiendo majestad y, como sabe bien, acataré su decisión, pero permítame explicarle las razones de mi renuncia —empezó, con sus maneras más educadas y formales, para captar la atención del monarca.

Pero el Rey lo conocía bien, sabía que podía encandilar a cualquiera con aquella voz grave y melodiosa y con aquella educación exquisita, incluso a él mismo, así que le cortó antes de que empezara a explicarle sus razones. Y lo hizo, además, lanzándole una carga profunda:

—Sé cuales son tus razones, Fitzjames, y no las acepto, harás el trabajo que te he encomendado.

Si Fitzjames Dankworth estaba en la cima de la buena educación y el saber estar, el Rey aún estaba un peldaño por encima de él. Le había cortado, sí, pero de tal manera que no parecía que había sido maleducado. Y acababa de soltarle un buen "sopapo", pero lo había hecho sonriendo, de tal manera que parecía que le había acariciado, en vez de golpearlo.

Pero Dankworth acusó el golpe como lo que era. El rey acababa de decirle que sabía por qué no quería continuar con el encargo y que no eran razones válidas para él.

Dankworth tragó saliva de forma imperceptible y respiró profundamente un par de veces para tranquilizarse. Era normal que el Rey supiera por qué él no quería ocuparse de aquel asunto. En

realidad, cualquiera podría llegar a la misma conclusión rápidamente, ya que el encargo iba a tener lugar en Escocia, con los jefes de los clanes más importantes sentados al otro lado de la mesa de negociación, y todo el mundo sabía en Londres que Dankworth tenía cuentas pendientes con uno de esos jefes.

En realidad, con una de sus jefas: la única mujer jefa de un clan escocés y, "casualmente", la madre de su hijo.

La maldita pelirroja.

Si, eso era lo que le había llevado a maldecir en alto y asustar a sus criados: saber que el nuevo encargo del Rey iba a consistir en volver a ver, y hablar, y discutir, con Faith McKay, la madre de Charles,

La mujer que lo había derrotado y humillado ante todos.

Lo único que tenía de bueno esa situación era que el Rey ya había puesto las cartas sobre la mesa :

—Esta vez no voy a conseguir un buen acuerdo, majestad, ella no lo va a permitir.

La había mencionado, ya no había marcha atrás, en cualquier caso, cuando escuchó el "ella", el Rey ni siquiera parpadeó, confirmando que había sabido en todo momento qué estaba en juego:

—No hay nadie como tú para pacificar los clanes, Fitzjames, además, te creces ante las dificultades.

Nada, no había manera, Dankworth asumió que la única manera de escapar de aquella encerrona era enemistarse con el Rey.

Por un momento lo valoró.

Y el Rey se dio cuenta del dilema que estaba enfrentando y por eso acabó soltándole lo que zanjaría el tema definitivamente:

—Ella ya sabe que el encargado de la corona vas a ser tú. Si no te presentas, lo tomará como una nueva victoria suya. Retirarte es darle a ella una nueva batalla ganadora.

Capítulo 5:

La única ventaja del encargo del Rey fue que para el viaje a Edimburgo tuvo a su disposición los mejores carruajes y los alojamientos más exquisitos, así que viajó y se alojó como si fuera el mismísimo Rey.

Aquello habría sido un aspecto positivo si no fuera porque solo hubo un pensamiento ocupando su mente durante todo el viaje.

La maldita pelirroja.

La madre de Charles.

Faith McKay.

La mejor amante que había tenido nunca.

Capítulo 6:

La vida sexual y sentimental de Fitzjames Dankworth había sido intensa y complicada. También muy satisfactoria.

Había recibido su primer beso en los labios con siete años, cuando la hija de los vecinos, los Marqueses de Springwash, que tenía ya diez años, le había acorralado bajo las escaleras de la entrada y le había plantado sus labios sobre los de él.

Louise, que así se llamaba la criatura, siempre había sido traviesa y estaba adelantada para su edad. A Fitzjames, que ya llamaba la atención por su atractivo, la experiencia le resultó, en un principio, aterradora, pero enseguida, en cuanto notó los labios suaves de ella sobre los de él, fascinante .

La segunda experiencia, con doce años, había sido con una nueva criada, joven y fogosa, que, de nuevo, lo había acorralado bajo la escalera. Esta vez él había respondido entusiasta y la había besado y acariciado por todo el cuerpo.

No había ido a más porque su padre, a la sazón el Duque de Silesmount, los había descubierto cuando la jovencita tenía la parte superior de su cuerpo descubierta, y él, sus dos manos adolescentes, tapando cada uno de sus pechos.

El incidente había acabado con la joven criada despedida y el joven Fitzjames con un sentimiento ambivalente hacia aquel hueco de la escalera: el recuerdo de lo que había pasado allí le excitaba y avergonzaba al mismo tiempo.

En cualquier caso, aquellas dos experiencias no fueron más que la puerta de entrada a su vida sexual, que se inició ya plenamente cuando acababa de cumplir dieciocho años y perdió la virginidad con una condesa casada, diez años mayor que él.

A partir de ese momento Fitzjames Dankworth descubrió y disfrutó totalmente de las mieles del placer sexual. Tuvo numerosas amantes, aunque ese era el patrón de conducta que solían tener

prácticamente todos los hijos nobles. Podían tener amantes no pertenecientes a la nobleza, como criadas, modistillas o, incluso, mujeres de dudosa moral, podían, incluso, enamorarse de ellas y ponerles un piso (normalmente financiados por los padres de los jóvenes). Todo aquello entraba dentro de la normalidad entre la nobleza y, aunque no se hablaba de ello, se aceptaba sin problema.

Todo ello siempre y cuando en algún momento sentaran la cabeza y se casaran como era debido, es decir, con una joven noble, generalmente mucho más joven que ellos y, por supuesto, virgen e inocente.

Ella.

Fitzjames siguió aquella costumbre como todos sus conocidos y amigos y antes de cumplir los veintitrés años ya tenía una buena colección de amantes pasadas y presentes, además de grandes expectativas de futuro, pero, de repente, cuando menos se lo esperaba, algo truncó aquel camino. Algo no, alguien,

Faith Mckay.

Todo había ocurrido al poco tiempo de que Fitzjames hubiera empezado a participar en las sesiones de la cámara de los lores.

Como ocurrió posteriormente con él y su hijo Charles, el padre de Fitzjames había decidido retirarse y dejar su puesto para su hijo. Al contrario que su padre, que había sido un miembro conservador, pero bastante discreto y que pasaba desapercibido, Fitzjames se había descubierto casi inmediatamente como un orador brillante y fiero. Conservador, eso sí, al igual que su padre.

Esa capacidad suya había sido reconocida por sus iguales y pronto se había convertido en el portavoz del ala más conservadora de la cámara.

A pesar de su juventud, su aplomo y su valentía verbal le habían hecho ser considerado uno de los mejores oradores de todos los tiempos. Y por eso mismo, el grupo conservador le había encargado liderar los debates más difíciles y enconados.

Esa fue la razón de que se le encargara una sesión especialmente difícil.

Como siempre ocurría con la indisciplinada Escocia, había habido una pequeña revuelta de algunos clanes escoceses pidiendo

más independencia de Londres. Nada que tuviera visos de convertirse en violencia o una guerra, pero sí una situación incómoda y difícil de gestionar. Y más aún, porque aquel grupo de clanes había decidido enviar como portavoz de la negociación a una mujer.

Todo era insólito e irregular, pero lo cierto es que en Londres tampoco les escandalizó tanto, ya que de Escocia no esperaban nada más que cosas insólitas e irregulares.

En cualquier caso, lo que sí rompía todas las normas de etiqueta era que una mujer entrara en la cámara de los lores. Y que tuviera la voz cantante en las negociaciones.

Por eso se decidió que el orador más preparado para una situación así era Fitzjames Dankworth, que no se amilanaba ante nada.

Y él aceptó gustoso.

El día del enfrentamiento no faltó ni un alma a la sesión y hasta los lores que se solían ausentar con facilidad con cualquier excusa se presentaron a ver el espectáculo. Porque ver una mujer en aquella cámara no se podía llamar de otra manera que "espectáculo" y porque Fitzjames Dankworth iba a destrozar dialécticamente a aquella osada escocesa, no tenían ni una duda.

De hecho, hasta los lores más liberales o contrarios a Dankworth le apoyaban en secreto esta vez: ¡¡una mujer!! , ¡¡y encima escocesa!!, se decían a sí mismos, justificando su apoyo puntual a Dankwoth.

Pero la sesión, aunque sí fue épica, no transcurrió como ninguno de los presentes esperaba .Sobre todo, no transcurrió como Fitzjames Dankworth esperaba.

Para empezar, la escocesa de marras era mucho más joven de lo esperado. De hecho, era más joven que el más joven de los lores que, a la sazón, era el propio Dankwoth: Faith Mckay tenía tan solo 20 años.

Cuando la vieron entrar, con un vestido de corte adecuado pero hecho con tela de tartán de su clan, en cuadros verdes y rojos, un murmullo de sorpresa y admiración recorrió toda la cámara.

Aquellos hombres nunca habían visto una mujer en aquel lugar, que la primera que veían fuera tan llamativa y bella hizo que no pudieran disimular su fascinación.

Y aquella fue la primera victoria para Mckay, eso lo supo Dankworth inmediatamente. La animadversión de todos los lores con la que partía de entrada se deshizo ante su belleza física.

Faith era un joven de figura femenina, cintura mínima y pelo rizado de un rojo tan intenso que parecía echar fuego. Llevaba, además, el pelo suelto, cayendo en cascada por su espalda hasta la cintura, de una manera que en el encorsetado Londres no se veía nunca, aunque en Escocia era más habitual.

Bueno, lo cierto es que Faith no era una belleza al uso, tenía la cara redondeada, el pecho demasiado generoso y las caderas demasiado estrechas, también tenía los incisivos separados y los labios demasiado gruesos. Y, sobre todo, transmitía una fiereza y una fuerza que nada tenía que ver con la discreción, dulzura y suavidad que se valoraba en las mujeres londinenses.

Pero precisamente todas estas imperfecciones, en su conjunto, se convertían en su fortaleza.

Faith daba una imagen natural y salvaje, como una promesa de aventura y emoción. Faith rompía los encorsetados moldes de todos aquellos caballeros y, en vez de sentir animadversión, todos y cada uno de ellos, al verla entrar, sintieron fascinación y atracción.

Bueno, todos menos uno: Fitzjames Dankworth.

Porque no, él no se sintió fascinado, sino molesto.

Muy molesto.

Capítulo 7:

En un primer momento, cuando Dankworth vio a Faith entrar y dirigirse a la zona central donde iba a tomar la palabra, fue víctima del mismo hechizo que el resto de los lores.

Sabía que una mujer como jefa de un clan era algo insólito, incluso en la insólita Escocia, por eso había esperado a una mujer mayor, seguramente anciana, con mucha experiencia a sus espaldas. Ver entrar a una mujer joven y, sin duda, atractiva, le descolocó como había descolocado al resto. Pero el desconcierto le duró apenas unos segundos. Enseguida se fijó en las imperfecciones físicas de Faith, lo que hizo que el impacto físico se rebajara. Al fin y al cabo él estaba acostumbrado a relacionarse con las mujeres más bellas así que era difícil que alguien que no era perfecto físicamente, como ocurría con Mckay, le llamara especialmente la atención. Pero después de darse cuenta de esto, también notó que él era el único que se había desligado del efecto magnético de Mckay. Y eso, el ver a todos sus compañeros de la cámara, tanto liberales como conservadores, subyugados por la presencia de una joven, fue lo que le produjo fastidio, en un principio, y rabia, inmediatamente después.

Que sus compañeros se pusieran de lado de una rebelde medio salvaje en vez de estar apoyándolo a él era algo intolerable.

Si, era cierto que aún ninguno había abierto la boca, también era cierto que las posturas que Mckay había ido a defender era intolerables para todos aquellos hombres y que en cuanto empezara la discusión, seguramente, el influjo de la joven se disiparía, pero eso no sirvió para apaciguar la rabia de Fitzjames Dankworth: tenía una herida en el orgullo y necesitaba hacer "sangre" para curarla.

Por suerte, tenía una ventaja sobre ella, un arma infalible: él era el orador más acerado y certero, temido por todos a pesar de su

juventud. Nunca había perdido un debate en aquella cámara. Todos le temían como contrario.

Iba a machacarla.

Dialécticamente, por supuesto, pero no iba a tener piedad con ella. Iba a dejarla en ridículo delante de todos. Y entonces verían que no era tan guapa, ni tan salvaje, ni tan fascinante.

Que era una maldita escocesa pelirroja, ignorante y atolondrada.

Una niña malcriada e incapaz.

Faith Mckay ya estaba en el estrado cuando Fitzjames Dankworth tomó esta determinación.

Al ser la visitante, los lores habían tenido la deferencia de dejarle hablar primero a ella.

Mejor, pensó Dankworth, así él podría conocerla, oler sus puntos débiles y, en una intervención corta y quirúrgica, machacarla.

Destrozarla.

Ridiculizarla.

Humillarla.

Pero nada acabó saliendo como esperaba.

Capítulo 8:

—Caballeros…

Una palabra, una sola y Fitzjames Dankworth se dio cuenta de que iba a ser mucho más difícil de lo esperado.

No fue la palabra exactamente, sino la forma en la que ella la pronunció. El tono. El volumen.

La voz.

Si, lo primero fue la voz, tan inesperada como cautivadora.

Faith Mckay tenía una voz sorprendentemente grave, un poco ronca, áspera y arenosa incluso. Una voz alejada totalmente de las voces finas y ligeramente agudas que tenían (o impostaban) la mujeres nobles londinenses. Un tipo de voz que, en principio, debía desagradar a aquellos caballeros, pero que, en realidad, les gustó.

Les fascinó.

Mucho.

Muchísimo.

De hecho, un murmullo casi imperceptible recorrió la cámara cuando Mckay inició su alocución y Fitzjames Dankworth, más enfadado aún, pensó que más de uno y más de dos de aquellos distinguidos lores habían experimentado una erección al escuchar aquel "caballeros".

Él no, por supuesto, él sintió aún más rabia y fastidio y pensó que tenía más razones para dar su merecido a aquella mujer que no hablaba como una dama, sino como una descocada portuaria.

Bueno, lo cierto es que después de dejar aquella impresión en todos, Mckay continuó hablando, no como una portuaria, como había pensado maliciosamente Dankworth, sino como una oradora diestra y convincente. Acerada y quirúrgica.

Como él.

Y eso le sacó aún más de quicio.

Aquella maldita pelirroja, como empezó a llamarla ya para sí mismo y continuaría haciéndolo treinta y cinco años después, era su némesis. Mucho más peligrosa de lo que había supuesto en un primer momento, pero, por eso mismo, más estimulante también.

Dankworth la escuchó atentamente mientras su instinto animal de ganador nato en discusiones dialécticas se fue excitando más y más.

Era buena, muy buena. Lo que había venido a pedir a la cámara, un cambio en las condiciones de los impuestos a los que Londres sometía a los clanes escoceses, era algo intolerable que la cámara no iba a aceptar jamás, pero lo estaba haciendo con convicción y aportando argumentos que, seguro, le estaban haciendo dudar a más de uno y más de dos.

Pero a él no. Al contrario, a él lo que le estaba provocando era ganas de destrozarla dialécticamente. Le estaba dando ganas de tener la discusión más sonada entre todas las que había tenido hasta entonces. Una que todos los presentes recordaran de por vida como épica e impresionante.

Y, ciertamente, eso es lo que ocurrió, pero no por las razones que él esperaba.

Capítulo 9:

—Faith, ha sido una exposición encantadora, deliciosa, como usted misma, pero, lamentablemente, no vamos a atender sus requerimientos. Le ruego, por favor, que vuelva a su tierra y les comente a sus mayores, varones, que su petición no ha sido estimada. Muchas gracias.

Podría haber utilizado cualquier otro argumento, más elaborado, que fuera a la raíz de lo que ella había defendido, una argumentación respetuosa con ella, aunque fuera para rebatir lo que había dicho, era lo que hacía con sus rivales la cámara. Pero no, había decidido utilizar el argumento más humillante de todos: la condescendencia.

Y lo había hecho adrede, porque en realidad no quería ganarle con argumentaciones, sino humillarla.Empequeñecerla ante todos aquellos hombres que se habían dejado subyugar por su encanto.

No era la primera vez que lo hacía, claro. La condescendencia humillante era una de sus formas de relacionarse con las mujeres. Solo con las mujeres

Aunque no con todas, sino con las que le irritaban, que no eran pocas.

Porque el joven Fitzjames Dankworth era apuesto, inteligente, exitoso, atractivo…, pero también misógino, muy misógino.

Lo cierto era que aquello no era exactamente culpa suya sino de la educación que había recibido.

Para empezar, todo el entorno de la nobleza inglesa consideraba a la mayoría de las mujeres ciudadanas de segunda en cuanto a los derechos y un bonito adorno en tanto que compañeras de vida.

Inglaterra había tenido una reina, siglos atrás, Elizabeth, que había sido respetada y admirada. También la reina Carlota, consorte del padre del actual rey, había sido una figura fundamental para el país y tratada con todos los honores y respeto, como si fuera un hombre. Y había entre las nobles una condesa y dos pares de duquesas que casi recibían el mismo trato que los varones de su entorno, pero eran las excepciones. La norma, lo que se consideraba normal, era relegar a las féminas al ámbito del hogar, darles allí el mando, pero eso sí, solo en lo referido a la gestión del hogar y los niños, si los había y, como mucho, la gestión de los empleados y criados.

Eso era lo que había vivido Fitzjames Dankworth desde niño, pero es que, en su caso, había estado agudizado por dos razones. Su madre había sido una dama especialmente débil y sin personalidad. Una mujer enfermiza que, durante su corta vida, no había tenido fuerzas, ni ganas, para gobernar su hogar. Había muerto cuando él contaba diecisiete años, pero, quitando la lógica tristeza por perder a quien te había traído a este mundo, su ausencia no se había dejado apenas notar.

Y, por contrapartida, su padre había sido un hombre de carácter tan fuerte como sus convicciones, que eran absolutamente conservadoras. Un hombre para quien las mujeres tenían tan solo un valor gestacional: traer al mundo a los futuros condes, duques y marqueses, que eran quienes debían gobernar el mundo, es decir, Gran Bretaña.

Un hombre para quien su mujer había sido una decepción perpetua, ya que solo había conseguido engendrar un único hijo: Fitzjames. Magnífico, eso sí.

Y un hombre que había sido hijo de otro Dankworth igual, al igual que lo había sido el tatarabuelo de Fitzjames.

Es decir, era producto de lo más conservador de su conservadora época y fruto de una cadena de Duques conservadores sin apenas presencia femenina en sus vidas.

Aquello había hecho que a sus veintitrés años admirara a las mujeres exclusivamente por el placer que le aportaban y despreciara por tanto a toda aquella que no se lo proporcionaba.

Y la mejor forma de demostrar aquel desprecio era mostrar siempre su superioridad y tratarlas como si fueran niñas de pecho que no se enteraban de nada.

Es decir, exactamente lo que hizo ante Faith McKay en la cámara de los lores.

Y aquel fue su error más colosal.

Capítulo 10:

Escocia formaba parte de Gran Bretaña, era, por tanto, un país de rígidas costumbres, leyes y normas sociales, entre las que se encontraba el menosprecio de las féminas…, pero solo hasta cierto punto.

En la vida diaria, las mujeres tenían mucho más poder del que se les otorgaba sobre el papel, y no solo en sus hogares, sino también fuera de ellos: en la gestión de los clanes e, incluso en el mismo parlamento escocés.

No tenían permiso de acceso habitual, pero alguna vez habían entrado.

Más de una. Y más de dos.

Era algo excepcional, pero no insólito. De hecho no había un solo año político en el que alguna mujer no hiciera su aparición.

Y también tenían voz dentro de las reuniones de los clanes, normalmente cuando eran viudas de un laird recién fallecido. O, como en el caso de Mckay, su única hija.

Era cierto que Mckay era la primera mujer conocida que había llegado a ser jefa o laird de clan, pero, teniendo en cuenta la peculiaridad escocesa, no era tampoco algo imposible de creer.

Por todas estas razones, Faith Mckay había tenido el privilegio de ascender a una posición imposible para una mujer inglesa, pero también el fastidio de tener que aguantar actitudes como la que acababa de mostrar en el estrado Fitzjames Dankworth.

Estaba acostumbrada.

Y, para desgracia de Fitzjames Dankworth, no le hacían mella.

Por eso, la respuesta que Dankworth recibió no fue la esperada. Para empezar, Faith no cambió su expresión, continuó con su actitud tranquila y segura, a pesar de que Dankworth acababa de menospreciarla delante de todos. Esperó unos segundos, eso sí,

para responder. Un poco más de lo adecuado, pero no tanto para que fuera llamativo.

Lo justo para poner a todos un poco nerviosos, muy poco.

Y luego, con su voz grave y ronca, respondió:

—Gracias Fitzjames, es usted encantador y delicioso también —y se volvió a quedar callada, esta vez un poco más tiempo, mirándolo con una medio sonrisa. Luego miró al frente, al resto de la cámara e, ignorando ostensiblemente a Dankwoth, añadió —¿Alguien que quiera debatir como un adulto?.

El murmullo que se extendió por toda la cámara fue aún mayor que el que se había escuchado cuando ella entró. Dankworth, sin embargo, no lo escuchó. Bastante tenía con intentar parar su corazón —que galopaba en su pecho con rabia infinita —y con intentar que sus mejillas no se tiñeran de rojo, por la ira que estaba sintiendo.

Mckay le había respondido con un golpe dialéctico certero e inesperado, haciendo que el que iba a quedar en ridículo delante de todos los lores, fuera él.

Estaba acostumbrado a despreciar mujeres y a que estas no solo no le respondieran, sino que se retiraran inmediatamente, avergonzadas. Llevaba haciéndolo toda su vida con cualquier mujer que intentara imponer su voluntad sobre la de él y su actitud altanera y condescendiente siempre le había salido bien. ¿Por qué no había funcionado con aquella maldita pelirroja?

Estaba demasiado alterado como para encontrar una respuestas, días después, cuando todo se había acabado y ella había vuelto a su Escocia natal, él se había dado cuenta de que había infravalorado a Faith y, por extensión, a las mujeres.

No todas eran como las que le habían rodeado a él desde niño: o pobres criadas o damiselas débiles de la alta sociedad. Posteriormente en su vida se toparía con mujeres parecidas a Faith y recordaría la lección aprendida: menospreciar a alguien de partida es la antesala de la propia humillación.

Pero en aquel momento respondió como pudo. Y no lo hizo del todo mal.

Después del bochorno inicial recuperó su compostura, fue capaz de evaluar la situación y decidió cambiar de táctica: pelearía con ella como si fuera un hombre.

Como si fuera un lord.

Como si fuera cualquiera de los lores con los que se batía a diario y a los que , habitualmente, ganaba dialécticamente.

Lo hizo sin florituras y sin preámbulos, Estaba claro que al inicio se había equivocado y que ella había ganado la primera batalla, pero decidió obviarla y comenzó a responder, uno a uno, a los argumentos que Mckay había utilizado en su primera alocución. Sin tregua. Buscando en su mente las mejores razones.

Fue la primera vez que Mcjay mostró una pequeña debilidad, muy pequeña: empezó a parpadear varias veces y su sonrisa de victoria se quedó congelada.

Estaba claro que había creído que lo había ganado y darse cuenta de que la batalla, en realidad, no había hecho más que empezar, le desconcertó un poco.

Pero solo un poco, enseguida se dio cuenta de que se encontraba ante la horma de su zapato. Ante la única persona que estaba a su nivel en el uso de la palabra y de la batalla verbal.

En su alma gemela y su némesis al mismo tiempo.

El reconocimiento fue mutuo, Fitzjames sintió lo mismo que ella. El mismo reconocimiento y la misma animadversión.

Y se desató la batalla ante los ojos de los asombrados lores.

Fueron más de dos horas de una batalla verbal en la que ninguno de los dos se rindió en ningún momento. Para todos los que estuvieron presentes, se trató de la sesión de la cámara más impactante a la que habían acudido. Treinta y cinco años después, los que continuaban vivos la recordaban y señalaban que nunca iban a ver algo igual.

No solo porque una de las protagonistas se había tratado de una mujer, sino por la fiereza y frialdad de ambos combatientes.

Y por el resultado.

Porque cuando acabó la sesión, todos estuvieron de acuerdo en que no había ganado ninguno de los dos.

Bueno, todos menos ellos. Ya que Faith siempre consideró que había ganado ella.

Y Fitzjames, que había ganado él.

En realidad, ambos tenían razón, al igual que el resto de los lores, Faith Mckay consiguió algunas de sus peticiones, pero Dankworth abortó las más difíciles para Londres. Ambos obtuvieron una victoria parcial.

O una derrota parcial.

Y eso debería haber sido todo.

Pero no lo fue.

De hecho, lo que ocurrió posteriormente hizo palidecer a aquella sesión histórica de la cámara de los lores.

Capítulo 11:

A pesar de que tenía cincuenta y ocho años, Dankworth seguía cabalgando a diario y lo hacía como si siguiera siendo un

joven. Era su medio de transporte preferido y solo cogía carruajes cuando debía moverse por Londres a actos oficiales, como recepciones o bailes.

Sin embargo, dado que el viaje a Escocia era un encargo oficial de la corona, había tenido que transigir y viajar en el carruaje que el rey había puesto a su disposición, con el escudo real grabado en sus puertas.

Aquello había sido un nuevo aspecto negativo a añadir a aquel indeseado viaje.

Mientras cabalgaba su mente se concentraba tan solo en el camino, el caballo y la mejor manera de combinar ambos para avanzar. El ejercicio físico que le suponía cabalgar le activaba el cuerpo y le calmaba la mente. Pero viajar sentado en un cómodo carruaje no le provocaba ninguno de esos beneficios.

Su cuerpo se acartonada y anquilosada. No hacía más que moverse en el asiento y pedirle al cochero que parara cada poco para poder estirar las piernas. Pero lo peor era lo que ocurría con su mente. Él siempre estaba ocupado, o gestionando sus propiedades o llevando a cabo diferentes misiones o entretenido en el club de caballeros, eran muy pocas las ocasiones en las que estaba ocioso, sin nada que ocupara su mente. Un viaje de cuatro días era un infierno para alguien como Dankwotth: cuatro días sin su mente ocupada, dejando entrar todo tipo de pensamientos indeseables. Y en aquel caso, el pensamiento indeseable por antonomasia era Faith Mckay, su pasado con ella y lo que iba a ocurrir cuando se encontraran de nuevo cara a cara.

Hay que decir que lo intentó, intentó sacarla de su mente. Había Llevado varios papeles para intentar mantenerse ocupado, pero su mente se negaba a obedecer y cada poco se le aparecían diferentes recuerdos: en el estrado de la cámara de los Lores, treinta y cinco años atrás, pero, lo peor de todo, el recuerdo de lo que llevaba treinta y cinco años censurando: la noche en la que ambos engendraron a Charles.

Por eso, cuando al mediodía del cuarto día apareció en el horizonte la silueta de los edificios más altos de Edimburgo, a pesar

de que eso significaba que iba a volver a verla, sintió alivio: mejor el futuro incierto que el recuerdo de aquel pasado torturante.

Capítulo 12:

—Hola Dankwoth.

En cuanto la vio y escuchó su voz ronca, Fitzjames Danworth se dio cuenta de que se había equivocado y de que hubiera dado cualquier cosa para volver a tener recuerdos de Faith en vez de su presencia.

Faith había cambiado, cómo no, tenía 35 años más, ya no era una jovencita enérgica, sino una mujer en su madurez. Su pelo seguía siendo rojo, pero varias hebras grises lo cruzaban de manera salpicada y ahora no lo llevaba suelto, sino atado en una larga trenza que caía por su espalda.

También tenía la piel del lateral de los ojos surcada por arrugas, al igual que la comisura de los labios. Y las pequeñas pecas que adornaban su nariz y mejillas se habían multiplicado y hecho más llamativas, creando zonas con manchas.

Pero esas eran las únicas diferencias y, en realidad, eran unas diferencias pequeñas. Era lo esperado por el paso del tiempo, pero el resto continuaba igual.

Faith seguía manteniendo una figura envidiable, con su exigua cintura y un pecho generoso. Andaba recta y con seguridad y, sobre todo, transmitía la misma fuerza y energía que cuando era joven.

Era una mujer adulta a la que se le notaba el paso del tiempo, pero aquello la había hecho incluso más atractiva que de jovencita.

Para desesperación de Dankworth, ya que era precisamente de eso de lo que llevaba huyendo toda su vida.

—Hola Mckay.

Era todo un duque y lo que tenía claro era que no iba a volver a caer en los errores del pasado. Sabía disimular y

mantenerse digno y en su sitio y es lo que hizo, respondiéndole de la misma forma que había hecho ella.

Y así, con ese saludo frío pero de reconocimiento, su relación se inició de nuevo, treinta y cinco años después de que se cortara abruptamente.

Capítulo 13:

Tampoco esto último era cierto. Su relación no se había cortado nunca en realidad.

Se habían enfrentado en circunstancias tensas en el parlamento, habían pasado una noche de pasión juntos, cuyo resultado había sido Charles, su hijo, y después de esa noche no habían vuelto a verse, pero sí se habían escrito. Y no de manera esporádica, sino muy a menudo.

Para ambos, Charles, su hijo, era lo más importante de sus vidas y eso los había unido.

Cierto, solo por carta, y siempre de manera fría y directa. Hablaban de Charles, de sus necesidades, tanto de niño como de adulto, y también de las temporadas que pasarían junto a él.

Charles se había criado con su madre de niño y había visto a su padre en muy pocas ocasiones hasta que cumplió catorce años, pero a partir de esa edad, se había trasladado a Londres a estudiar y el contacto con su padre había sido más habitual. Todas esas decisiones las habían tomado Faith y Fitzjames de manera conjunta. Y lo cierto es que había salido bien, ya que ambos estaban muy orgullosos de su hijo.

Lo cierto es que a partir de que su hijo había llegado a la mayoría de edad y había empezado a ganarse la vida por sus propios medios, el contacto que habían mantenido ambos había dejado de ser necesario, sin embargo, no lo habían cortado.

Se había hecho más esporádico, por supuesto, pero al menos un par de veces al año habían seguido mandando misivas relacionadas con su hijo.

Algunas veces eran tan solo recordatorios del orgullo que sentían por él, por ejemplo, cuando Dankworth le había mandado, dos años atrás, una misiva con tan solo la frase: “mira, tu hijo” y un

recorte de prensa en el que se alababa la actuación de Charles tras conseguir una victoria en una negociación con Francia.

Pero el hecho de tener a Charles y el hilo de relación que habían mantenido por él no había hecho que ninguno de los dos tuviera ganas de volver a ver al otro. Era como si fueran personas diferentes cuando se relacionaban por carta o directamente.

Y eso fue lo que ocurrió cuando volvieron a encontrarse frente a frente. Para los dos fue como si no hubiera pasado el tiempo y estuvieran, de nuevo, enfrentados por primera vez en la cámara de los Lores en Londres.

Capítulo 14:

Esta vez, como había ocurrido treinta y cinco años atrás, no estaban solos, sino rodeados de los jefes de todos los clanes implicados.

El encuentro se había producido pocas horas después de que Fitzjames hubiera llegado a Edimburgo. Se había alojado en el palacio de un noble afín al Rey, que le había recibido con todos los honores. Luego se había acomodado en su habitación, que era magnífica y tenía unas vistas a la ciudad impresionantes, se había aseado y se había vestido formalmente para afrontar la reunión con Faith.

Durante ese tiempo no había pensado mucho en ella, para alivio de su mente, pero en cuanto se dirigió al lugar donde iba a tener el encuentro, el "maldita pelirroja" volvió a ser una constante entre sus pensamientos.

Luego vino el enfrentarse directamente a ella y comprobar que su inquietud había estado justificada, Faith Mckay, en persona, seguía siendo tan fascinante como la recordaba.

Pero, por eso mismo, igual de peligrosa.

Pero esta vez él tenía treinta y cinco años más, toda una vida con innumerables experiencias a sus espaldas y mucha más fuerza mental que cuando era joven.

Sí, Faith seguía siendo peligrosa, pero él ya no iba a caer en sus trampas.

Por eso, después de aquella presentación tensa en la que ambos habían pronunciado el apellido del otro, la reunión dio comienzo y, a pesar de que el impacto inicial había sido igual, nada de lo ocurrido treinta y cinco años atrás se repitió.

Dankworth mantuvo su tono acerado y frío, pero rebajándolo un poco para evitar que Mckay se sintiera atacada y respondiera feroz. Ella se adaptó a esa forma de relacionarse y fue respondiendo

a los requerimientos de él sin dar el brazo a torcer, pero sin llevar el diálogo al punto de una discusión. Y, sobre todo, todos los hombres que los rodeaban —porque la única mujer era Mckay —se comportaron de manera muy diferente a como se habían comportado los lores treinta y cinco años atrás.

Se notaba que Mckay era su líder. Una líder escogida por ellos y a la que respetaban. No había nada de admiración masculina hacia una mujer, nada de insinuaciones sensuales o sexuales. Mckay era como un hombre más entre ellos y eso se notaba.

La reunión, por tanto, fue tensa, ya que el tema a tratar: la rebaja de impuestos para los clanes escoceses, lo era, pero se mantuvo dentro de las coordenadas del respeto.

Fueron más de tres horas en las que no solo hablaron ellos dos, hubo otros jefes de clanes que tomaron la palabra, y acabó con pocos avances, por no decir ninguno, pero todos se quedaron con una sensación moderadamente agradable.

Primero, porque habían conseguido mantener el respeto mutuo y la reunión no se les había ido de las manos y, segundo, porque aquella reunión sólo había sido el comienzo. A lo largo de los siguientes días habría más reuniones y al final llegarían a algún tipo de acuerdo. No sabían cuál, pero sí sabían que, al menos, aquello no iba a acabar mal.

Cuando Dankworth se despidió de ellos hasta el día siguiente, iba doblemente satisfecho. Estaba contento, como los jefes de los clanes, por haber conseguido mantener la calma y la negociación en marcha, pero más contento aún porque no había sucumbido al encanto de Faith.

Si, aquellos treinta y cinco años no habían pasado en vano, Faith le seguía afectando mucho, pero ahora ya sabía que era capaz de resistir a su embrujo y que todo iba a ir bien.

Capítulo 15:

Faith Mckay poseía un castillo: *Carran Loch Castle*, situado en una de las zonas más agrestes de las Highlands, al noreste de Loch Etive, en una colina boscosa con vistas al lago, a medio camino entre Oban y las montañas de Glen Etive. Aquel no solo era su hogar, sino el lugar en el que más feliz era y donde se refugiaba cuando las cosas iban mal.

Allí había pasado su embarazo, había tenido a su hijo, en un parto difícil, pero con el final más feliz posible, allí lo había criado, allí lo había despedido cuando él había cumplido catorce años y se había ido a vivir a Londres y allí lo recibía cada vez que venía a visitarla. Tanto para ella como para Charles aquel era su hogar. Su lugar preferido en el mundo.

Pero no era su única posesión y ni siquiera era el lugar en el que más tiempo pasaba.

Ademàs de varias granjas, tierras de pastoreo y tierras de caza y bosques repartidas por todas las Highlands, Faith, como única heredera del anterior jefe del clan de los Mckay, era dueña de una destilería de whisky, de la que obtenía pingües beneficios y tenía una mansión en Oban y otra en Edimburgo. Esta última, una de las más lujosas de la capital de Escocia y donde pasaba la mayor parte del tiempo, ya que en Edimburgo era donde se tomaban las decisiones importantes que afectaban a su clan.

Era, por tanto, más rica incluso que Fitzjames Dankwoth.

Y también era una persona diferente a la que había sido con veinte años.

Parte del éxito de la reunión que habían tenido se debía a ella y no a Danworth, exactamente el 50% del éxito era debido a ella.

Él había cambiado, pero ella también.

Dankhworth no lo sabía, y ella se aseguraría de que no lo supiera nunca, pero cuando había recibido la comunicación de que su interlocutor en la disputa que mantenían con Londres iba a ser él y no cualquier otro enviado del Rey, había maldecido tanto como él.

Y de la misma manera

"¡Maldito inglés!"

Esa era la frase que había resonado en su cabeza y que llevaba treinta y cinco años haciéndolo.

Había sentido el mismo desagrado que él por volver a verse, había tenido el mismo miedo que él a sentirse atraída hacia él. Y, de hecho, en cuanto lo había visto entrar: magnífico, alto y musculado, atractivo, muy atractivo, su corazón había empezado a palpitar aceleradamente, su respiración se había agitado y miles de mariposas aleteantes se habían posado en su estómago:

¡Maldito y atractivo inglés!

Sí, Faith había sentido treinta y cinco años atrás el mismo rechazo y la misma atracción hacia Dankworth que había sentido él. Era como una fuerza de la naturaleza, como una tormenta violenta, con el cielo surcado de rayos y con truenos interminables y feroces, que te provocaba el deseo de huir de ella y, al mismo tiempo, te mantenía fascinada con la ventana abierta.

Eso había sido Dankworth para ella y eso seguía siéndolo treinta y cinco años después, había comprobado, frustrada.

Porque, al igual que le ocurría a él, ella quería negar aquella atracción. Dankworth representaba todo lo que ella odiaba: era inglés, era poderoso: un poderoso inglés, era frío y desagradable: un frío y desagradable inglés, era conservador, mientras ella era liberal. No había nada en él que debiera atraerle y, sin embargo, le atraía mucho.

Pero si bien la atracción y el rechazo eran similares en ambos, en Faith había un componente diferente y que le torturaba más.

Porque era ella quien había iniciado el contacto que había acabado con el embarazo de Charles.

No podía echarle la culpa a nadie, la incitadora había sido ella.

Durante aquellos treinta y cinco años había conseguido mitigar la sensación de vergüenza por no haber sido capaz de controlar sus instintos, recordando que aquello había tenido un resultado maravilloso: su hijo Charles, pero cuando se había enterado de que iba a volver a verle en persona, había temido que le ocurriera lo mismo que treinta y cinco años atrás. Y si eso ocurría, ya no iba a haber resultado bueno, ya no iba a haber embarazo, sino una sensación irrecuperable de pérdida de una batalla. No, no podía dejarse llevar por sus instintos, esta vez tenía que controlarse.

Había pasado un momento de descontrol cuando lo había visto entrar en el lugar de la reunión, pero enseguida se había dado cuenta de que había salvado el peligro.

Sí, Dankworth seguía provocando en ella aquella atracción animal, pero ahora podía controlarla.

Por eso la reunión había ido tan bien, no solo porque él había cambiado, ella había cambiado también.

Aquella noche, tanto Dankworth como Mckay durmieron a pierna suelta después de varias semanas de inquietud, ambos estaban convencidos de que por fin habían vencido a la tentación.

De que en la última batalla contra sus instintos iban a salir ganadores.

Capítulo 16:

Toda la inquietud que les había acompañado a ambos desde que habían sabido que se iban a ver en persona de nuevo, se diluyó como un azucarillo en las reuniones siguientes.

El primer impacto se fue suavizando y, aunque ambos se siguieron sintiendo atraídos por el otro, empezaron a verse como una persona atractiva y nada más. Se acostumbraron al otro y fueron capaces de mantener su relación en el plano de las negociaciones, sin que su historia pasada y la atracción que sentían interfiriera.

Justo lo que habían pensado que no serían capaces de hacer.

Esta circunstancia inesperada hizo que las negociaciones fueran también mejor de lo que habían supuesto.

Hubo momentos de tensión, por supuesto, y momentos en los que no avanzaron nada, de hecho, fueron necesarias seis reuniones en el transcurso de dos semanas, más tiempo del que el Rey le había dado a Dankworth en principio para llegar a un acuerdo, pero todas las tensiones y desencuentros se produjeron dentro del respeto. Y el optimismo.

Todo esto hizo que al final llegaran a un acuerdo. Uno no muy diferente al que habían llegado treinta años atrás. Es decir, lo que normalmente era un buen acuerdo: ninguno de los dos ganó del todo ni perdió del todo, sino que ambas partes tuvieron que hacer concesiones y recibieron beneficios.

Dankhworth le comunicó el acuerdo al Rey, por medio de un correo urgente, el monarca aceptó y dos semanas y tres días después de haber llegado enfadado y alterado, puso su firma en el papel del acuerdo junto a la firma de ella, satisfecho y contento.

Y aquel capítulo de su vida llegó al final, cerrando también el capítulo que se había iniciado treinta y cinco años atrás.

O no.

Capítulo 17:

—No hemos acabado jovencitos, un buen acuerdo entre escoceses e ingleses no se firma todos los días, de hecho, no recuerdo ni uno en los últimos…. ¿quinientos años?.

Quien había hablado era el más anciano entre los jefes de los clanes que se habían reunido en la firma: Alasdair MacGregor.

A continuación una carcajada generalizada se extendió por toda la sala, una carcajada que mostraba la satisfacción de todos los presentes por el acuerdo conseguido y también la gracia que les había hecho la broma de McGregor.

Pero McGregor no se conformó con la broma y continuó hablando:

—Debemos celebrar un baile. Y uno al estilo escocés, que para eso estás aquí, inglés, y las normas las ponemos nosotros — dijo, guiñandole un ojo a Dankworth y llamándole de la manera que los escoceses llamaban a todos los que venían de Londres.

Lo había dicho en un tono jocoso, pero con un punto desafiante: siglos de desavenencias no se cerraban de cualquier manera por un acuerdo económico.

Y a Dankworth no le hizo mucha gracia.

No le gustó el tono desafiante, aunque envuelto en tono de broma, no le gustó que le llamara "inglés", con aquel tono sarcástico y menos le gustó la idea de tener que acudir a un baile "escocés" tal y como lo había dicho McGregor. Daba por hecho que sería un baile alejado de los encorsetados y previsibles bailes a los que estaba acostumbrado a acudir. Un baile con un punto salvaje que no le convenía nada, ya que siempre había peligro de que el equilibrio que había conseguido con Faith se desmoronara.

Pero no tuvo tiempo de protestar o poner objeciones, ya que fue otra voz la que le respondió a McGregor. Una voz femenina.

—Alasdair, estamos cansados, han sido dos semanas intensas, creo que es mejor que Dankhworth vuelva a Londres y dejemos las celebraciones para nosotros.

Lo primero que le llamó la atención a Dankworth fue que la voz de Mckay no tenía la seguridad que había mostrado siempre. Seguía sonando fuerte y clara, pero notó una leve vacilación. O, mejor dicho, sumisión.

La respuesta de McGregor le mostró que su apreciación había sido correcta:

—Faith, tienes poder, pero también te han enseñado a respetar a tus mayores ¿verdad?

El tono fue aparentemente amistoso. pero tenía un fondo de autoridad que Faith acató:

—Si, Aladstair, de acuerdo, tendremos baile.

Dijo finalmente, en voz más baja.

Dankworth se dio cuenta de algo. Faith Mckay era una mujer con poder, el mismo Mcgregor lo acababa de reconocer en alto, pero en el último momento, la palabra la tenía un hombre.

Al final, a pesar de que el poder y las atribuciones que tenía Faith eran grandes, un hombre seguía tomando la decisión final.

En cualquier otro momento aquello le habría producido una alegría intensa: ver a Faith Mckay sometida ante un hombre habría sido el broche de oro a su misión en Escocia y habría acabado para siempre con la frustración que le había acompañado durante treinta y cinco años. Pero justo en aquel momento no le hizo ni una gracia. No quería acudir a un baile con Faith Mckay cerca de él. Todo el autocontrol que había conseguido durante las negociaciones formales podía venirse abajo. Porque, de hecho, la mayor espina que tenía clavada con Faith no era que se hubiera batido como una igual en la cámara de los lores, sino que luego esa misma "maldita pelirroja" hubiera tirado por tierra todas sus defensas y le hubiera hecho perder la cabeza. Durante una noche tan solo, eso sí, pero una noche inolvidable que se había convertido en una derrota inolvidable.

Pero Alasdair MacGregor había sentado sentencia y nadie iba a cambiar aquello, lo vió en la mirada baja de Faith y en el silencio

del resto de los presentes. Habría baile y tendría que enfrentarse a ello.

Capìtulo 18:

El baile se organizó rápidamente y dos días después dio comienzo a las 7 de la tarde. Estaban invitados todos los jefes de clanes junto a sus esposas e hijos y también la aristocracia escocesa de origen o simpatías inglesas, estos últimos no eran muchos y normalmente se encontraban relegados en muchas de las celebraciones, pero como lo que se conmemoraba era la firma de un acuerdo entre escoceses e ingleses, las viejas rencillas y la desconfianza mutua se aparcaron por un día.

Dankworth había pasado aquellos dos días reuniéndose precisamente con aquella parte de la aristocracia escocesa: duques, marqueses y condes que acumulaban años de agravios por parte de los escoceses nativos. No estaban en guerra, así que se trataba siempre de conflictos de baja intensidad, pequeños desencuentros, sutiles desprecios. Nada fuera de lo normal entre dos comunidades condenadas a entenderse pero con siglos de conflictos a sus espaldas.

Él se había sentido muy cómodo aquellos dos días, comiendo y cenando en diferentes palacios y escuchando las historias locales con simpatía. Al fin y al cabo, él también era uno de ellos: un inglés condenado a relacionarse con escoceses.

Y no había podido evitarlo, pero había investigado también sobre Faith Mckay. Era la madre de su hijo y había tenido varios encuentros memorables con ella, pero, en realidad, no la conocía de nada. Su curiosidad se despertó y preguntó por ella. Y se llevó una sorpresa inesperada.

Faith era un peso pesado entre los escoceses, la cabeza de uno de los clanes más importantes y también la negociadora oficial con la corona, Dankworth daba por supuesto que sus anfitriones iban a hablar especialmente mal de ella, y ahí vino la sorpresa: ni uno de ellos lo hizo. La mayoría hizo comentarios moderados, entre

los que abundaba la frase : "no es la peor de todos". Y alguno, incluso, habló de manera muy favorable y le dijo que, si todos fueran como ella, el conflicto entre ingleses y escoceses habría terminado hacía tiempo.

Nada de aquello encajaba en la idea que tenía él de ella, había supuesto que sería fiera, como lo había sido con él en la cámara de los lores, y peleona hasta el último momento.

Con uno de sus interlocutores se atrevió a comentarlo y él le resolvió las dudas:

—Claro que es dura de roer, es escocesa, pero quiere negociar y eso significa que
quiere acabar con los conflictos. Por eso la han nombrado negociadora oficial. Cualquier otro de los jefes de clanes tiene más interés en embestir que en llegar a acuerdos. Pero no son tontos y por eso la han elegido a ella. Faith Mckay ha sido, en realidad, una bendición para las relaciones entre Escocia e Inglaterra.

Por un momento Dankworth pensó que aquel Duque solo quería congraciarse con él, al fin y al cabo, todo el mundo sabía que Faith era la madre de su hijo, pero enseguida se dio cuenta de que tenía razón y de que él mismo, si no hubiera estado cegado por sus prejuicios y por la animadversión que había sentido siempre hacia Faith, también lo habría visto así.

De hecho, las dos únicas veces que se habían enfrentado ambos en una negociación, habían llegado a acuerdos.

Sí; Faith era una buena negociadora y era una escocesa razonable.

Pero él seguía queriendo mantenerla lejos de él, porque, en realidad, su rechazo hacia ella nunca había tenido que ver con su procedencia ni con sus discusiones políticas, había sido otra cosa.

El joven Dankworth no había soportado que fuera una mujer quien le tomara la medida en la cámara de los lores, y había soportado aún menos que aquella mujer le hubiera embelesado hasta el punto de hacerle perder el control. Era eso lo que llevaba treinta y cinco años alejándole de ella y llamándola para él mismo "maldita pelirroja".

Los últimos acontecimientos habían limado un poco su rechazo hacia ella como negociadora, pero persistía su rechazo a estar demasiado cerca de ella físicamente. No se fiaba.

Ni de ella ni de él.

Capítulo 19:

La primera sensación fue impactante. Conocía Edimburgo, era una ciudad pequeña en comparación con Londres, pero tenía todo tipo de servicios, edificios impresionantes, como la catedral de San Giles y algunos palacios que no tenían nada que envidiar a los mejores palacios de Londres, pero había dado por hecho que el baile al que le habían invitado no iba a tener nada que ver con los bailes a los que él estaba acostumbrado.

Había supuesto que todo iba a ser más tosco, más salvaje, menos refinado.

Había imaginado un salón en piedra oscurecida por el humo de las velas, comida asada en grandes cantidades, música escocesa con gaitas omnipresentes, hombres bebiendo whisky en demasía y perdiendo los modales y Faith Mckay dirigiendo todo. Una colección de prejuicios basados en historias que había escuchado sobre las fiestas escocesas y que resultaron falsos en cuanto el coche le dejó a las puertas del palacio donde iba a tener lugar el baile.

Para empezar, el propio palacio, que era el hogar de Alasdair MacGregor, era magnífico. Construído con la piedra gris y oscura omnipresente en Escocia, pero bien limpia y pulida, con grandes ventanales en todo el edificio y un precioso jardín de entrada.

Además, todo estaba iluminado de una manera espectacular.

En el exterior del palacio había innumerables faros con lámparas de aceite, haciendo que la fachada brillara magnífica, las ventanas de la planta baja estaban abiertas y a través de ellas se colaba aún más luz, haciendo que el palacio fuera como un faro en aquella calle distinguida de Edimburgo.

En cuanto Dankworth entró en el palacio vio que aquel chorro de luz provenía de innumerables velas colocadas en candelabros repartidos por todas las estancias y también arañas de cristal colgando del techo y apliques en la pared. Unas paredes que

estaban limpias y relucientes, nada que ver con el lugar lúgubre que él había imaginado.

Pero si la iluminación le había impactado en un principio, una vez dentro del palacio su atención la acapararon otros elementos.

El palacio estaba decorado aún mejor que su propio palacio, que era uno de los mejores de Londres. El estilo era lujoso sin ser recargado. Había muchas alfombras de pelo mullido, algo fundamental en Escocia, ya que el invierno duraba prácticamente todo el año. Los cortinones también eran gruesos, en terciopelo de color granate en la estancia en la que se iba a realizar el baile. Pero la pesadez inevitable de aquellos elementos se aligeraba con el resto de adornos y decoración.

El gran salón de baile estaba pintado en un azul huevo de pato precioso, los muebles eran ligeros pero de maderas nobles y, sobre todo, la estancia entera estaba decorada con profusión de jarrones de flores de colores vivos. En el centro de la estancia, en un pequeño altillo, los músicos estaban dispuestos a tocar, y el anfitrión, acompañado de su esposa, estaba con sus mejores galas, dejando de lado la indumentaria escocesa que él había pensado que era omnipresente y dando una imagen tan elegante y distinguida que el mejor anfitrión del mejor palacio de Londres.

Es decir, para sorpresa de Dankworth, aquel baile nada tenía que ver con el ambiente salvaje que había supuesto y podría ser perfectamente un baile en el centro del Londres más noble.

Para terminar, en una esquina del salón había dispuesta una mesa con abundantes viandas para ir reponiéndose a lo largo del baile. Pero, como había ocurrido con el resto de elementos, aquellas viandas estaban totalmente alejadas de lo que había imaginado: nada de venado asado o jabalí, nada de *haggis*, una comida que se realizaba con vísceras de oveja cocidas con avena y especias en el estómago del animal y que le había provocado pesadillas al pensar que le iban a obligar a comerla. No, todo lo que había era delicioso: bocados envueltos en delicado y crujiente pan: de salmón, de finas hierbas, de faisán… Todos, alimentos distinguidos y ligeros. Y para beber, grandes cantidades de té y de ponche. Era cierto que en una esquina había un barril de whisky también, pero aquello en una

fiesta escocesa era inevitable, además de que, estaba seguro Dankworth, los hombres lo beberían con mucha más moderación que si estuvieran en una fiesta privada.

—¿Qué, Dankworth, sorprendido de que seamos menos salvajes de lo que parecemos?

Se había quedado tan absorto contemplando el despliegue de la sala que el anfitrión, Alasdair McGregor, le sorprendió con aquel comentario. Estaba claro que su cara debía de ser un libro abierto, pero su educación le empujó a negar lo evidente:

—Estaba admirando la decoración, tiene usted muy buen gusto —Le dijo, un poco precipitadamente, intentando desviar la atención.

Alasdair se lo quedó mirando en silencio, con aspecto de que no lo había engañado, pero enseguida respondió, siguiéndole el juego:

—No es mérito mío sino de Ailis, mi mujer:

Y nada más decirlo, dirigió la mirada hacia su derecha.

Solo entonces se dió cuenta Dankworth de lo descortés que había sido. Había visto a la mujer, pero no le había saludado como debía:

—Discúlpeme lady McGregor, estoy siendo un maleducado. Le presento mis respetos, tiene usted un hogar magnífico.

La mujer, una rubia un poco pasada de peso, pero con una cara muy agradable y con una sonrisa aún más agradable, le contestó:

—Si, somos menos salvajes de lo que creen ustedes los ingleses.

Lo había dicho con un marcado acento escocés difícil de entender, pero lo había entendido.

Esta vez ya no tenía sentido hacer como que no había escuchado, estaba claro que, a pesar del acuerdo y a pesar de la invitación, la tensión entre escoceses e ingleses impregnaba siempre sus relaciones. También estaba claro que los anfitriones le estaban mandando un mensaje: lo veían estirado y soberbio. Sentían que los miraba por encima del hombro, como normalmente hacían los ingleses con los escoceses.

Y lo cierto es que tenían razón. A pesar de que había visto con sus propios ojos que Escocia y los escoceses no eran peores que los más civilizados ingleses, había acudido al baile lleno de prejuicios y se había sorprendido por encontrar lo que era lógico encontrar entre la alta sociedad.

Si, los anfitriones tenían razón en su crítica velada.

Y también le estaban demostrando que estaban por encima de él, porque le seguían sonriendo y, estaba seguro, el pequeño roce iba a acabar ahí.

"Y encima, todavía me queda enfrentarme a la maldita pelirroja", se dijo, censurando un suspiro resignado que estuvo a punto de escapársele.

Y como si uno de esos duendes escoceses maliciosos le hubiera escuchado, justo en ese momento, la esposa de Alasdair volvió a hablar. Sonriente y hasta entusiasmada, dejando de lado lo que acababa de decir.

—Oh, Faith, qué bien qué has llegado, ahora ya podemos dar comienzo al baile en honor a nuestros héroes.

Cuando Dankworth escuchó el nombre de Faith su corazón dio un vuelco. Y el vuelco se volvió a repetir, multiplicado, cuando la vio.

Había acudido sola, pero llenaba toda la estancia, porque Faith tenía una luz interior que iluminaba mucho más que los cientos de velas que había en la estancia.

Llevaba un vestido del color verde de los bosques de Escocia, al estilo de la última moda. llevaba un corsé que marcaba su exigua cintura y un escote en uve que dejaba asomar sus senos, blancos y redondeados. El color del vestido hacía resaltar su piel blanquísima, pero, sobre todo, su cabello rojo que, al igual que treinta y cinco años atrás, llevaba suelto en una cascada de rizos que caían por su espalda.

Faith tenía más de cincuenta años, pero seguía siendo una mujer terriblemente atractiva y, sobre todo, seguía teniendo una elegancia natural que eclipsaba hasta a las más jovencitas.

"Oh, mier…! se dijo, en un exabrupto para sí mismo, al darse cuenta de que lo que más había temido podía volver a ocurrir.

Después de las semanas de reuniones, su rechazo visceral hacia ella se había suavizado, pero tan solo porque se había demostrado a sí mismo que podía aguantar la atracción que ella le producía. Ahora, viéndola tan bella y en un entorno tan amable, ¿iba a ser capaz?

Valoró durante un segundo la posibilidad de escabullirse con alguna excusa, pero la esposa de Alasdair acababa de decir algo que, le pareció, no le iba a permitir hacerlo.

La mujer volvió a hablar y le confirmó esto último. No solo se lo confirmó, sino que le mostró que las cosas estaban peor de lo que creía.

—Como sabéis, hemos organizado este baile por vosotros, en vuestro honor. Queremos agradeceros lo que habéis hecho por Escocia y por Inglaterra. Así que váis a ser los protagonistas, no solo váis a abrir el baile, sino que váis a dirigir todo, como habéis hecho con nuestro conflicto.

Y en ese momento, Alasdair empezó a gritar, con toda la capacidad de sus pulmones:

—¡¡¡Hip hip, hurra!!! — señalandolos exageradamente a él y a Faith.

En un momento, las peores suposiciones de Dankworth se hicieron realidad en forma de pesadilla. Todos los escoceses que había en el salón, a pesar de estar vestidos a la manera inglesa y parecer muy civilizados, comenzaron a repetir a voz en grito y al unísono la expresión de Alasdair, como si fueran los salvajes que él había imaginado unos minutos antes.

Lo más sorprendente fue que quien hasta entonces había sido su anfitrión y todos y cada uno de los nobles de origen inglés se sumaron al griterío con tanto entusiasmo como los escoceses.

Solo había una persona en silencio y con la misma cara de asombro, vergüenza y ganas de escapar que él: Faith.

Estaba claro que ella no solo no había organizado aquello y no sabía nada, sino que le estaba desagradando tanto como a él.

Bien, por esta vez no podía culparla a ella y debía guardar el "maldita pelirroja" en el bolsillo, pero era un consuelo pequeño.

Estaba claro que les quedaba por delante una larga noche en la que iban a ser protagonistas. Todos los ojos centrados en ellos.

Una auténtica pesadilla, ya que cualquier desliz en su autocontrol iba a tener decenas de testigos, se amplificaría, se….

De repente, el griterío acabó de golpe, como había empezado, y en su lugar se escuchó el sonido suave y dulce de los violines y violonchelos de la orquesta. El baile había dado comienzo y los pensamientos desbocados y pesimistas de Dankworth se pararon en seco para centrarse en lo importante, en pensar cómo sobrellevar lo que les venía encima:

—Debéis abrir vosotros el baile, luego nos uniremos nosotros.

Ailis McGregor fue de nuevo quien tomó el mando y no lo hizo tan solo mediante la voz, sino que la acompañó de un gesto. Tenía a Faith a su derecha y a Dankworth a su izquierda y lo que hizo fue extender sus brazos en cruz, apoyar cada una de sus palmas en las espaldas de ellos y presionar ligeramente para juntarlos.

Bueno, no tan ligeramente.

Faith y Dankworth entendieron el mensaje, cómo no, y , lentamente, como si fueran reos dirigiéndose al paredón, se juntaron para bailar.

Primero entrelazando una de sus manos, luego, Dankworth, rodeando la cintura de Faith y acercándola a él. Y, finalmente, Faith posando su mano libre en el hombro de Dankworth

Casi rozándole el cuello.

Capítulo 20:

Faith había visto rayos cayendo a su lado, había visto cómo partían un árbol por la mitad. La fuerza de la naturaleza en acción, en su aspecto más salvaje e incontrolable. Un espectáculo que le había dejado fascinada. ¿Cómo sería sentir la fuerza del rayo en tu interior?, se había preguntado en aquella ocasión.

Dankworth había vivido una tormenta infernal a bordo de un barco en una travesía a Irlanda años atrás. Había sentido el golpe de las olas inmensas contra la quilla del barco, había volado junto con la nave en el momento que la ola lo aupaba hacia arriba y había caído de golpe, junto a la nave, pensando que sería la última vez, que el barco se hundiría con él dentro. Había sobrevivido pero, de la experiencia, le había quedado la pregunta: ¿cómo sería ser océano embravecido?

En realidad, los dos sabían la respuestas, ya que habían sentido lo que era ser rayo, lo que era ser mar, años atrás, cuando eran jóvenes. Lo habían sentido uno junto al otro.

Y mientras los violines sonaban y sus cuerpos se acoplaban a la música, lo volvieron a sentir.

Capítulo 21:

Ambos tenían los suficientes años como para haber aprendido a disimular las emociones intensas ante los demás. Esta vez aplicaron esa habilidad con todas sus fuerzas, ya que lo último que querían ambos era ser, de nuevo, la comidilla ante todos.

En cualquier caso, no fue fácil. Más adelante, ambos se asombrarían de haber sido capaces de bailar ante todos con el grado de compenetración con el que lo consiguieron, teniendo en cuenta la tensión del momento y la intensidad de sus terremotos interiores.

Pero es que ese era parte del problema desde el principio: que, a pesar de la animadversión mutua, juntos eran como las piezas de un reloj: encajaban a la perfección.

De hecho, consiguieron justo lo contrario de lo que buscaban, que los ojos de todos se centraran aún más en ellos, ya que su forma de bailar, como si fueran una sola persona , atrajo aún más la atención de todos:

—Hacen una pareja perfecta.

Escucharon ambos la voz de una mujer mientras estaban girando sobre la pista.

Sí, era evidente para todo el mundo que encajaban a la perfección, para tortura de ambos.

Pero esta vez Faith decidió que la rabia por la situación no debía caer sobre él.

—¡¡Ha sido esa vieja chismosa!!

—¿A qué te refieres? —le preguntó Dankworth, sin entender a qué venía aquello.

—Que lo ha organizado todo Ailis MacGregor. Es una cotilla y, además, no me soporta.

—¿Ailis MacGregor?, si es una mujer encantadora y…

La mirada de fuego que le echó Faith hizo que dejara de hablar de golpe, además ella empezó a responderle inmediatamente.

—¡¡Eso es lo que parece, la muy arpía!! Se muestra encantadora, pero en el fondo es una bruja a la que le encanta malmeter. Y más si la perjudicada voy a ser yo.

Dankworth se dio cuenta de que estaba en terreno pantanoso y decidió dejar de defender a una mujer a la que, en realidad no conocía de nada, aparte del breve intercambio que habían tenido. Además, quería saber por qué Faith se había puesto así.

—Sigo sin entender qué es lo que te tiene tan enfadada—dijo Dankworth, mientras le hacía girar sobre ella misma, siguiendo los pasos del minué que estaban tocando en ese momento.

—Que la idea de este baile, y de darnos todo el protagonismo y tener las miradas de todos fijas en nosotros, ha sido de Ailis para fastidiarme.

—Ya —dijo Dankworth pensativo, empezando a entender — sí, tendría más
sentido todo este sinsentido. ¿Y qué le has hecho para que te tenga tanta inquina? —terminó, con una medio sonrisa y en tono irónico.

Ella frunció el ceño, tomándose aquello como una crítica velada y estuvo a punto de responderle de malos modos, pero, de repente, se dio cuenta de dos cosas: que no podía hacerlo porque tenían a todo el mundo observándoles y lo que faltaba era darles un espectáculo y dos, y más importante, que él estaba sonriendo de oreja a oreja.

Acababa de hacerle una broma, y no maliciosa, sino una broma compartida.

Y, por si no había quedado claro, le guiñó un ojo.

De repente, los nervios y la tensión se diluyeron. No hay como buscar un enemigo común para acercar posturas entre enemigos irreconciliables. Y no hay como el humor para terminar de acercar a las personas.

Y ella soltó una carcajada, lo suficientemente alta para que las personas que estaban más cerca se quedaran mirándolos aún más fijamente.

Si se hubieran fijado, habrían visto que Faith acababa de ganarle una batalla a Ailis. Ella fue una de las personas que les

escuchó reír y se puso roja como la grana. De ira.

Pero ellos no se dieron cuenta de nada, ya que la broma y la risa habían conseguido romper la barrera que llevaban años construyendo. De repente, solo estaban ellos y solo les interesaba el otro.

—Pero ahora en serio, Faith, ¿que le has hecho para que te tenga tanta inquina como para organizar un baile junto a un "maldito inglés"?.

Faith frunció ligeramente el ceño ¿cómo sabía él que ella le llamaba así para sus adentros? Pero enseguida se dio cuenta de que no era muy difícil adivinar aquello, apostaría, de hecho, a que él la llamaba algo parecido.

—Me envidia desde niña, cree que no merezco lo que he conseguido, cree que ella lo merecía más. Lleva años hablando mal de mi a mis espaldas por ser madre soltera, de un hijo de un maldito inglés, además.

Le explicó ella, usando los términos que había utilizado él, mientras volvía a girar entre los brazos de él al ritmo de la música.

—Entiendo —dijo él —pero lo del baile, ¿cómo encaja en esa venganza?

—Ella también sabe, como sabe todo el mundo, que, a pesar de que tenemos un hijo en común, no nos relacionamos. Ha supuesto que si nos hacía protagonizar algo juntos, acabaría saltando una chispa que hiciera que montáramos un espectáculo. Delante de todos. Algo que me dejara en ridículo y que pusiera en duda mi valía como jefa de clanes.

—Ya —dijo él pensativo —entiendo. Pero llevamos más de una semana negociando y hemos sido capaces de disimular nuestra inquina mutua sin dar un escándalo. Al contrario, hemos llegado a un acuerdo.

Había dicho "inquina mutua" sonriendo, para que quedara claro que seguía bromeando. Aunque los dos sabían que no era una broma exactamente y que diez días atrás los dos habrían firmado aquella expresión.

Pero las cosas estaban cambiando o, al menos, estaban inmersos en una tregua, porque Faith siguió contándole lo que

pensaba, de manera amigable.

—No es lo mismo una mesa de negociación que un baile. Ella sabe que somos adultos con autocontrol y en un entorno formal somos capaces de guardar las apariencias, pero en este entorno de diversión, los códigos cambian, se relajan, es más difícil mantener la compostura. Y no te digo si te obligan a protagonizar el baile con alguien a "quien no soportas"

Ella también había sonreído ampliamente al decir "a quien no soportas".

Era la primera vez que hablaban entre ellos sobre la animadversión que se tenían, pero, tal y como lo estaban haciendo, con humor compartido, esa animadversión se estaba diluyendo.

—Mira, está rabiando sin poder disimular.

Dankworth se había acercado a su oído para susurrarle aquello, después de un
gesto para que mirara a su izquierda.

Ella sintió una descarga eléctrica en todo su cuerpo, no por lo que vio, a Ailis rabiando al verlos tan compenetrados, sino por sentir su aliento tan cerca y porque la voz de él, susurrante, entró en ella hasta el último rincón de su cuerpo.

Por suerte, él no se dio cuenta. Al contrario, se estaba divirtiendo con lo que acababa de saber. Dankworth era un cazador nato y le gustaba salirse siempre con la suya. De repente, tenía una nueva enemiga, Ailis McGregor, y estaba centrado en destruirla, al menos, en contrariarla.

—Vamos a hacer una cosa —volvió a hablarle al oído, haciendo que un nuevo escalofrío la recorriera —le vamos a quitar el espectáculo.

Esta vez fue ella la que no entendió, de todas formas, eso le sirvió para recuperar un poco el control:

—¿Qué quieres decir?

—Dentro de un momento van a empezar a bailar todos a nuestro alrededor y vamos a dejar de ser el centro de atención. Aprovecharemos y nos escabulliremos hasta que nos apetezca. Ella ha organizado esto para fastidiarnos, nosotros vamos a desorganizarlo para fastidiarle.

Faith entendió, aunque tenía alguna objeción:

—¿Eso no hará que se salga con la suya? Puede ser un escándalo si desaparecemos.

—No vamos a desaparecer del todo, volveremos en armonía, como estamos ahora. Pero solo cuando nos dé la gana. De esa manera le quitamos el control de la situación. Además de demostrarle que su plan de hacer que montemos un escándalo le ha salido mal.

Lo cierto era que sonaba bien. Y no solo eso, sino que estaba funcionando.

Cada vez que Dankworth mencionaba a Ailis, ella desviaba su atención de él y lo que le producía. Y, en consecuencia, sus emociones se calmaban y era capaz de comportarse como siempre: una mujer segura y dueña de sí misma.

—De acuerdo, me parece bien, pero tendremos que aprovechar un momento en el que nadie nos esté mirando, algo difícil.

—No te preocupes, déjame eso a mi.

Y la sujetó por la cintura un poco más fuerte y la hizo bailar ocupando aún más espacio en la pista.

En cualquier otro momento Faith se habría revuelto y habría protestado. Al único hombre que "le había dejado hacer todo a él" había sido su padre. Y de niña. Llevaba desde los dieciocho años sin su tutela y la de ningún hombre.

Sin embargo, no sólo no protestó, sino que se dejó llevar sin resistencia.

Y disfrutando.

Lo cierto era que estar entre los brazos de Dankworth dejándose llevar por él y por la música era uno de los momentos más placenteros que había vivido en su vida.

El segundo en concreto y eso teniendo en cuenta que el primero había sido también con Dankworth. Sobre un lecho.

Sí, dejarse llevar por él, abandonar el estado de vigilancia y control permanente, abandonar toda responsabilidad en manos de alguien experto era placentero y agradable.

Muy agradable.

Y decidió hacerlo porque sabía que iba a durar poco y la situación lo requería. Ella estaba demasiado involucrada con todos los presentes en el baile, conocía a todos y tenía lazos de amistad, o enemistad, de años. Aquello le impedía tomar una decisión fría sobre el mejor momento para escabullirse.

Dankworth era alguien externo, no estaba involucrado en sus rencillas, podía tomar la decisión con más frialdad y, por tanto, había más opciones de que saliera bien.

Y eso es exactamente lo que ocurrió.

Un minuto después de que ella se relajara entre sus brazos y se dejara llevar, la música cambió levemente, como señal de que el resto de parejas podían ya salir a bailar y acompañarlos.

En pocos segundos estaban rodeados por una gran cantidad de parejas y su preocupación fundamental era esquivarlos, ya que, como buenos escoceses, eran bulliciosos y expansivos y se movían sin tener muy en cuenta si arrollaban a alguien o no.

Entre las parejas Faith distinguió a Ailis y Alasdair. Él, como el más enérgico de los hombres, llevaba a su mujer a tal velocidad que ella bastante tenía con no caerse.

No se estaba fijando en ellos ni en nadie.

Y justo en ese momento la voz susurrante de Dankworth en su oído le dijo:

—¡Ahora!

En un nuevo momento de comunión perfecta, dieron un giro y salieron por una puerta lateral que estaba abierta y, al mismo tiempo, disimulada entre cortinones.

Desaparecieron de la pista de baile sin que nadie se diera cuenta.

Capítulo 22:

Y toda la armonía que habían sentido bailando desapareció de golpe.

Capítulo 23:

Ninguno de los dos conocía el palacio, así que salieron por aquella puerta con la urgencia de desaparecer de la vista de todos, pero sin saber realmente dónde se estaban metiendo.

Lo que encontraron al otro lado fue un jardín. Bueno, desde los parámetros del londinense Fitzjames Dankworth, Duque de Silesmount, aquello más parecía un páramo desolado escocés que el concepto que él tenía de un buen jardín.

Había hierba y árboles y plantas, pero todo desordenado y con aspecto de necesitar un buen jardinero desde décadas atrás.

A Faith el lugar le resultó algo más amable, era escocesa y estaba acostumbrada a la naturaleza salvaje incluso en los lugares donde se suponía que debía estar domesticada, como el jardín de un palacio magnífico como aquel. Pero aún así, estaba demasiado descuidado para ser de alguien tan poderoso como Alasdair.

Aunque tampoco le extrañó mucho. La pareja, sobre todo Ailis, estaban centrados en aparentar, por eso la iluminación exterior del castillo y las estancias que habían recorrido eran tan magníficas y estaban tan bien decoradas e iluminadas. Pero ese jardín no formaba parte de lo que querían enseñar y por eso lo tenían bastante abandonado.

Si, aquello encajaba en la imagen que tenía de Ailis: una persona que solo vivía por lo que pensaban los demás.

Así que el primer contacto con lo que debería haber sido su liberación, no fue lo esperado. Además, el jardín tenía muy poca iluminación y, para colmo, hacía frío. Un frío que aumentaba con el desagradable viento que se había levantado.

Aquel entorno inhóspito hizo que cayeran en la cuenta de que lo que acababan de vivir dentro había sido un espejismo. O una tregua. Unidos por su deseo de fastidiar a Ailis, habían disfrutado y

conspirado juntos, pero una vez solos, la tensión que había existido siempre entre ellos apareció de nuevo.

—¿Te parece que demos una vuelta por el jardín? Por llamarlo de algún modo.

Fue Dankworth el primero que habló, sin poder evitar el punto de ironía. Su voz sonó tan fría como el viento helador que les rodeaba, pero supuso un alivio, ya que propuso hacer algo y romper la tensión que se había instalado de repente entre ambos.

—De acuerdo —contestó Faith, seca y fría también.

Y empezaron a caminar.

Lo cierto es que aquello no ayudó demasiado. La magia de tener un enemigo común se había disuelto totalmente y, encima, estaban solos, algo que llevaban treinta y cinco años evitando.

Pero no podían volver, no aún. Necesitaban que pasara el suficiente tiempo para que su ausencia desquiciara a Ailis y así ganar aquella batalla en la que se habían empeñado en participar.

Sin saber muy bien qué hacer, pero necesitando que la tensión entre ellos bajara un poco, a Faith se le ocurrió hacer un comentario. Algo en principio banal:

—Tengo frío.

Y se abrazó a sí misma, en un intento de entrar en calor.

Era cierto, tenía frío, pero no era un frío insoportable, podía haberse mantenido callada, pero lo había dicho para romper el silencio tenso que se había instalado entre ambos. Lo hizo sin pensar y sin ninguna intención oculta.

Pero Dankworth interpretó otra cosa.

Se paró en seco y se la quedó mirando, serio, con el ceño fruncido. Y luego, lo soltó:

—No pienso abrazarte nunca más. Ya me engañaste en su momento, no pienso caer de nuevo en tus redes.

Faith abrió los ojos y la boca pero sin soltar ni un sonido. No había dicho que tenía frío como un truco para seducirle y le molestaba especialmente que él sugiriera eso.

Sintió una rabia enorme y necesidad de devolverle a él el golpe que le acababa de dar

Y la forma de devolverlo se le apareció clara.

Dankworth no había podido evitar un gesto aparentemente insignificante, pero que ambos sabían que no lo era: había sacado su dedo índice y lo había movido en el aire de arriba a abajo mientras le soltaba aquella frase impertinente.

Se había puesto mandón y altivo sin poder evitar hacer aquel gesto.

Y ella iba a aprovecharlo para devolverle el golpe.

Sonrió, ampliamente y lo miró fijamente, desconcertandole un poco con su reacción tranquila. Y luego, poco a poco, bajó la mirada hacia el dedo acusador y la fijó en él y en los ojos de él, alternativamente. Sin dejar de sonreír.

Y él entendió que se había equivocado, que aquel dedo no debería haber salido nunca. Pero no se dio cuenta de que iba a ser peor de lo esperado, porque ella, sin dejar de sonreír, le asestó el golpe final:

—Olvídate tú, Dankhworth, eso no va a volver a pasar nunca, por muchas ganas que tengas y por mucho que me lo pidas con ese dedo al aire.

Capítulo 24:

Lo que vino a continuación fue una discusión en voz cada vez más alta entre ambos. Empezaron a reprocharse todo lo ocurrido en el pasado, desde su encuentro en la cámara de los Lores hasta los momentos previos a su relación sexual. Para los dos, el culpable de todo era el otro. Sacaron cosas insignificantes como arma arrojadiza, excluyendo tan solo a su hijo Charles y el momento de pasión que compartieron que, por supuesto, era lo que les avergonzaba a ambos.

Y estaban tan enfrascados en destruir al otro que no se dieron cuenta de que estaban echando por tierra el plan que les había llevado a aquel lugar.

Si se hubieran dado cuenta habrían bajado la voz, pero todo se les había ido de las manos, como si aquellos treinta y cinco años de rechazo soterrado hubiera explotado de golpe.

Y tuvo que ser alguien externo quien parara todo.

La peor persona posible:

—Vaya, vaya, ¡qué sorpresa!, nuestra negociadora Faith perdiendo los papeles.

Ailis, sonriente y rodeada por muchos de los jefes de los clanes sonreía ampliamente con mirada afilada, disfrutando de una victoria mucho más grande que la que había imaginado en sus mejores sueños.

Capítulo 25:

Hacía dos horas que había salido de Edimburgo rumbo a Carran Loch Castle y solo entonces había empezado a sentir cierta paz interna.

Los dos días anteriores habían sido un absoluto infierno y lo peor de todo era que no le podía echar la culpa a nadie, ya que la responsable última del desastre había sido ella.

Y el maldito inglés padre de su hijo, claro.

Una vez más, su falta de control ante Dankworth había hecho que todo se le fuera de las manos, y esta vez peor aún que la anterior. Ahora no iba a haber un fruto maravilloso: Charles, no, ahora lo único que iba a quedar era más frustración.

Y también su alejamiento de las labores como jefa de clanes que había llevado durante treinta y cinco años.

Un absoluto desastre que seguramente se arreglaría, pero no antes de pasar una buena temporada en el infierno.

Lo único bueno de todo aquello era que iba a estar refugiada en Carran Loch Castle. Solo eso la animaba un poco y hacía que el desastre se diluyera un poco.

Pero había sido un desastre.

Le había dado a Ailis lo que quería con creces.

Se había mostrado alterada, incapaz de controlarse, gritando y siendo extremadamente maleducada. Y eso con la persona que acababa de firmar con ellos un pacto satisfactorio. Un maldito inglés, sí, pero en aquel momento, el maldito inglés equivocado: el único al que no había que atacar.

Ailis había utilizado esos argumentos, que salieron por boca de su marido, por supuesto, en la reunión de jefes de clanes que había habido al día siguiente.

En aquella reunión se había decidido relegar a Faith de sus funciones como negociadora oficial.

Ya no se fiaban de ella. Si era capaz de montar un escándalo delante de todos en uno de los momentos más importantes para ellos, demostraba que no era adecuada para el puesto.

Al menos por el momento.

Eso era lo que le habían dicho, que debía retirarse una temporada. Que volverían a contar con ella, pero que todos necesitaban un distanciamiento.

Y era cierto que seguramente volverían a contar con ella. No había nadie mejor, a pesar de su desliz. Pero el daño en su reputación y, sobre todo, en su orgullo, iba a ser permanente.

En cualquier caso, lo peor, lo que más le torturaba, no era aquello, sino la parte personal: una vez más, no había sido capaz de controlarse ante Dankworth.

Todo lo que había ocurrido los últimos días le ensombrecía el ánimo, así que decidió mirar por la ventanilla del coche de caballos que le estaba llevando a Carran Loch Castle. Concentrada en la naturaleza salvaje que la rodeaba fue mejorando su ánimo. En cualquier caso, no lo suficiente para apartar al maldito inglés totalmente de su mente.

Capítulo 26:

Para Dankworth aquellos dos días tampoco fueron fáciles. Él no tenía un duelo soterrado con nadie como Ailis y, por tanto, tenía un motivo menos para torturarse con lo ocurrido. Pero el resto era igual a lo que estaba sintiendo Faith.

Le molestaba haber perdido los papeles de aquella manera, le molestaba haber caído en aquella rueda de reproches absurdos. Pero, sobre todo, le molestaba lo que había desbordado todo: la frase que había soltado Faith. Y lo que había querido transmitirle con ella.

Es decir, le molestaba la vuelta al pasado. A lo que había originado todo.

Capítulo 27:

Londres, treinta y cinco años atrás.

A sus veintitrés años, Fitzjames Dankworth jamás había sufrido una derrota en el parlamento. Ni siquiera parcial.

Era el orador más temido porque sabía utilizar la palabra como nadie, darle la vuelta a los argumentos del contrario y hacerlos suyos. Y ganar todas las votaciones que se planteaban.

Se había creído invencible.

Sin embargo, esa mañana había recibido su primera derrota de la peor manera posible: de la mano de una mujer.

Había vuelto a su palacio enfurruñado por fuera, pero hirviendo por dentro. Le iba a costar mucho, mucho, recuperar la calma y, se temía, el orgullo le iba a quedar tocado de por vida.

Una maldita mujer, una maldita escocesa, una maldita pelirroja….., se repetía una y otra vez en un círculo de pensamientos torturantes que no hacían más que enfadarle aún más.

Se había encerrado en su despacho y les había dicho a los criados que no le molestaran bajo ningún concepto.

Bajo ningún concepto.

Por eso, cuando escuchó los golpes suaves en la puerta de su despacho, pensó que se trataba de un espejismo.

Nadie osaba contradecir sus órdenes. Y menos aún sabiendo que estaba enfadado.

Pero un par de segundos después, los golpes volvieron a sonar. Igual de débiles, igual de vacilantes, pero sin duda.

Dankworth abrió la puerta con la ceja levantada y expresión de asombro en vez de enfado. No podía entender que alguien se hubiera atrevido a contradecir sus órdenes.

El asombro se multiplicó al ver quién estaba al otro lado:

Uno de los criados más jóvenes, un chico especialmente dócil y amable, que llevaba dos años en el palacio.

El chico parecía aterrorizado.

Y Dankworth no salía de su asombro.

¿Cómo se había atrevido a desobedecer? ¿Por qué?

El joven tenía la boca tan seca que le costó empezar a hablar, pero al final lo consiguió, balbuceante:

—No he podido… señor… se ha escabullido y…

Dankworth frunció el ceño sin entender nada, hasta que el joven se movió ligeramente hacia su derecha y entonces comprendió.

Bueno, el joven en realidad no se había movido sino que alguien lo había apartado:

¡¡La maldita pelirroja!!

—¿Qué haces tú aquí?

Le salió la voz como un trueno, sin respetar las mínimas normas de educación, pero es que lo último que esperaba era que quien llevaba torturándole la mente todo el día tuviera la desvergüenza de presentarse en su palacio.

Sin ser invitada.

Sin avisar.

Avasallando a sus criados, porque estaba claro que eso era lo que había hecho, colándose en su palacio.

—Es usted un maleducado al dirigirse a mi así, señor Duque, pero lo pasaré por alto porque lo que tengo que decirle es importante.

El criado se escabulló hacia las dependencias de los sirvientes y Dankworth abrió la boca sin creerse lo que acababa de escuchar. Ella no se había inmutado con su enfado y no solo eso, sino que le había contestado, utilizando el tratamiento formal que él no había sido capaz de mantener, pero de manera impertinente.

Pero, al parecer, aquello no era suficientemente escandaloso, ya que la maldita pelirroja no se limitó a hablar.

Aprovechando que él no salía de su asombro, se acercó, se agachó un poco bajo el brazo de él que sujetaba la puerta y entró en el despacho.

Él se dió la vuelta rápidamente, pero ella ya se había ido al otro extremo de la gran habitación y se movía por ella como si fuera su lugar y no el de otra persona.

—Cierre la puerta, Dankworth, es mejor que hablemos en privado. Nadie más tiene por qué enterarse de lo que nos ocupa.

Debería haberla echado con cajas destempladas, cogiéndola por la cintura si fuera necesario y sacándola en volandas hasta la puerta de entrada, aunque ella hubiera gritado y pataleado. Pero, aunque rabiara, ella tenía razón, no podían montar un espectáculo con los criados delante, eso solo iba a empeorar las cosas.

Así que entró y cerró la puerta tras de sí. Se permitió, eso sí, una pequeña licencia para sacar su mal genio y dio un sonoro portazo.Total, todos los criados sabrían ya lo que había ocurrido: que una escocesa descarada se había colado en palacio. Pero era lo único que iban a saber.

Aparte de que la escocesa no iba a estar en palacio más de dos minutos, que era el tiempo que pensaba permitirle continuar allí.

—Miss Mckay, ya he tenido que soportarla demasiado esta mañana, nuestra relación ha empezado y terminado en el parlamento, le ruego que salga de mi palacio y no me obligue a tomar medidas más drásticas.

Había decidido recuperar el tono formal que se le suponía a un Duque y volvió a tratarle de usted y con educación, a pesar de la evidente tensión, pero ahora fue ella quien rompió las convenciones sociales y le tuteó.

—Me iré cuando lo considere oportuno, Dankworth. Pero no te preocupes, será enseguida, en cuanto te diga lo que he venido a decirte.

—Es usted una maleducada y salvaje… —empezó él, sacando su dedo índice al frente, en una postura que utilizaba mucho en el parlamento y que había utilizado con ella esa mañana. Pero ella le cortó:

—Salvaje sí, y me place, pero maleducada, no. Maleducado eres tú, que hoy has sido incapaz de tratarme como lo que soy: una igual.

—¿¿¿Una igual??? —repitió él, con tono burlón,.

—Tienes razón, no soy tu igual, soy mejor, mucho mejor —dijo ella después de unos segundos de silencio en los que se había quedado con la mirada fija en el dedo levantado de él.—Luego, volvió a levantar la mirada hacia sus ojos y añadió —Que sepas que vuelvo a Escocia satisfecha por haberte humillado ante todos. Porque te he humillado, lo sabes, ¿verdad? y eso es todo lo que tenía que decirte, ya me voy.

Y se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, dejándole helado y paralizado con el dedo en alto señalando.

—¿A dónde crees que vas?

Él había dado dos zancadas y la había adelantado y se había puesto frente a la puerta, obstruyéndole el paso.

Cuando todo hubiera pasado él pensaría mucho en aquel momento. ¿Por qué lo había hecho?, ¿por qué no le había dejado marcharse?

Y había tenido clara la respuesta. Había sido por orgullo. No había podido soportar que aquella mujer que le había dejado en evidencia ante todos los Lores se saliera con la suya también en su habitación.Por eso le había cortado el paso. Había sido una absoluta tontería hacerlo, ya que no tenía ni idea de qué hacer con ella. Había sido una respuesta instintiva a lo que ella acababa de soltar, había necesitado devolverle el golpe, pero sin tener claro cómo.

Y aquella decisión había sido el inicio del desastre. Aunque la responsable última había sido ella.

Capítulo 28:

Faith se había presentado en el palacio de aquel maldito escocés con la intención de humillarlo, efectivamente, tal y como había supuesto él.

Necesitaba decirle la última palabra, demostrarle que su mala educación, su desprecio a las mujeres y su prepotencia no le habían servido de nada ante una mujer como ella.

Necesitaba demostrarle que la batalla la había ganado ella.

Y lo había conseguido, se había colado en el palacio, en su despacho y le había soltado lo que quería sin que él pudiera evitarlo.

Pero había habido un contratiempo último cuando él le había impedido salir del despacho.

Cuando lo había visto frente a ella tapándole la salida, como un muro impenetrable, había fruncido el ceño, contrariada, pero solo durante un par de segundos. De repente, se había dado cuenta de que él le había puesto la última humillación en bandeja.

Había sonreído, ampliamente, y le había dicho, provocadora:

—¿No tienes suficiente? ¿Necesitas que te humille aún más?

Y luego lo había hecho.

Capítulo 29:

Sin dejar de sonreír y de mirarle a los ojos, retadora, avanzó hacia él hasta casi tocarlo. No lo hizo, se quedó a escasos centímetros de su cuerpo, de manera que ambos sentían el calor del cuerpo del otro.

Y avanzó su cabeza hacia la mano que tenía levantada. Hacia el dedo acusador.

Y sacó la lengua y, lentamente y de manera muy delicada, lo lamió.

Dankworth sintió la caricia de la lengua de ella, suave y dulce, y todo su cuerpo se puso en tensión.

No una tensión desagradable, sino agradable. Terriblemente agradable.

Irresistiblemente agradable.

Y perdió totalmente el control.

Capítulo 30:

Mientras el carruaje avanzaba hacia Carran Loch Castle, Faith se puso a recordar lo mismo que Dankworth.

Aquel impulso de lamerle el dedo, treinta y cinco años atrás, había sido lo que había desencadenado todo y lo que les había llevado al punto en el que estaban en ese momento.

Había pensado muchas veces por qué lo había hecho y había llegado a una conclusión clara: no para provocar lo que había provocado realmente.

En aquella época ella era valiente y fiera, pero también una joven de veinte años inocente, que no había sido ni siquiera besada en los labios. Su gesto no había tenido ni una intención sexual, porque esa puerta aún no se había abierto para ella.

Había sido una reacción instintiva. El dedo al aire de Dankworth era como él, autoritario e insufrible. Le había puesto de mal humor cuando había estado en el estrado y le estaba molestando en el despacho. Y se lo había lamido como una forma de molestarle ella a él. Para rebajar su autoridad. Para mofarse de ella.

Como una mujer dueña de sí misma a la que nadie le decía lo que tenía que hacer.

Pero no fue eso lo que consiguió.

Empezando por ella misma.

El dedo de Dankworth en su boca fue como el dulce más exquisito. La piel era suave y cálida y ella sintió que quería tenerlo allí, sometido a las caricias de su lengua, juguetear con él, dejarlo dentro de sí…

¿Qué era aquello que estaba sintiendo? ¿Qué era esa sensación de volverse líquida? ¿de querer fundirse ....¡¡con él!!?

No tuvo tiempo de pensarlo ni de escandalizarse por lo que estaba sintiendo, porque él tomó el mando.

La agarró por la cintura, la atrajo hacia él haciendo que la exigua separación de sus cuerpos desapareciera y se fundieron uno en el otro.

Y ahí empezó la noche de pasión más dulce y salvaje que habían vivido nunca, que dio como fruto a su hijo, pero que provocó que se separaran para siempre y una desconfianza y rechazo mutuo se instalara entre ellos.

Capítulo 31:

Faith había abierto la puerta a aquellos recuerdos que llevaban escondidos bajo llave treinta y cinco años y ya no podía apartarlos de su mente.

Mientras los caballos galopaban a través de páramo escoces, con la vista del mar del norte a su derecha, gris y misterioso, todo lo que ocurrió aquella noche de treinta y cinco años años atrás se le presentó de nuevo.

Y esta vez no quiso apartarlo de su mente.

Recordó lo que había sentido cuando Dankworth la había estrechado entre sus fuertes brazos. Ese vértigo que unía miedo por lo que iba a venir y, al mismo tiempo, confianza: porque ella quería que viniera. Y porque sabía que él no la iba a dañar.

Y no la dañó, en ningún momento.

Primero la cogió entre sus brazos y la llevó a su habitación que estaba contigua al despacho.

Era un lugar masculino, pero acogedor y ella se sintió como si entrara en su hogar.

Dankworth la posó sobre el lecho con infinito cuidado y luego se tumbó junto a ella.

Y luego fue apasionado, pero cuidadoso.

La desnudó con cuidado, pero solo después de ayudarle a ella a quitarle la ropa a él.

Faith recordó, como si fuera ese momento, el placer que sintió al verlo completamente desnudo. Dankworth era un hombre terriblemente atractivo con ropa, pero sin ella…. Faith nunca había imaginado que se pudiera disfrutar tanto observando un cuerpo humano.

Pero es que era perfecto.

Tenía el cuerpo musculado, fuerte y duro.

Era tan bello como las más bellas estatuas clásicas.

Pero si aquello le reportó placer, lo que vino a continuación rompió todas las expectativas. Todo lo imaginable.

Él cogió su mano y le hizo acariciarlo, lentamente, .

Al principio la dirigió él, hacia su pecho, hacia su vientre, pero luego adivinó en ella la curiosidad, casi hambre, y con la mirada la animó a tocar donde quisiera.

Y lo hizo, vaya si lo hizo.

Acarició sus brazos, su cuello, sus manos, pero también, poco a poco, se atrevió a acariciar sus muslos, sus glúteos, firmes y duros y, finalmente, su miembro enhiesto.

Esto último llegó cuando ella ya estaba desnuda, gracias a las sabias y cuidadosas manos de él, y cuando había empezado a recibir caricias de él, que la transportaron al placer infinito.

Sin embargo, cuando tocó su pene por primera vez todo se detuvo un momento.

Estaba duro, sí, pero también era cálido y suave.

Y pensó en introducirlo en su boca, como había hecho con el dedo.

No lo hizo en ese momento porque él empezó a besarle con más pasión, y ella se dejó besar y se dejó llevar por el cuidado que ponía él y por el placer que le estaba provocando.

Más adelante en la noche, cuando ya sintieron que se conocían desde el inicio de los tiempos, ella sí besó su miembro, y lo sintió igual de cálido y suave como lo había sentido al tacto, igual de duro y fuerte.

Era inexperta, pero en los brazos de él solo tuvo que dejarse llevar por lo que sentía y por lo que su cuerpo, y su alma entera, le pedían y eso le convirtió en una mujer sabia, capaz de llegar al placer y hacerle a él llegar al suyo.

Perdió la virginidad sin sentir dolor, solo un inmenso placer. Se acopló a él como si ambos fueran su destino, como si no hubiera otra posibilidad que convertirse en uno.

Y se perdió en el otro, se convirtió en océano.

Todos los desencuentros, las reticencias, la desconfianza mutua, el rechazo, la rabia y el enfado…todo aquello que les había

separado desde que se habían conocido pocas horas atrás, desapareció. Y lo hizo como si no hubiera existido nunca.

La rabia que habían sentido uno hacia el otro, primigenia, instintiva, se convirtió en lo contrario en cuanto se tocaron.

Y apenas necesitaron hablar para sentir aquello, eran sus cuerpos los que hablaban por ellos.

Durante todo ese tiempo solo se escucharon sus suspiros y gemidos y el roce de sus cuerpos.

Bueno, y un par de veces sus nombres en los labios del otro, muy bajito, muy suave, casi imperceptible: "Faith", "Dankworth".

La noche fue eterna y, al mismo tiempo, fugaz.

Se sintieron eternos, pero llegó a su fin, cuando ambos se quedaron dormidos, exhaustos, en los brazos del otro.

Hasta que amaneció.

Capítulo 32:

El sol brillaba ya cuando Faith abrió los ojos al fin. No había dormido apenas, tres horas a lo sumo, pero se sentía llena, pletórica, feliz .., hasta que alargó su mano hacia su derecha, hacia donde debía estar el… y solo sintió frío.

Se incorporó asustada, como si le faltara aire y, efectivamente, no había nadie.

Él había salido del lecho y de la habitación durante el poco tiempo que ella había dormido.

Y en su lugar había una nota.

Corta.

"Faith, tienes un coche esperando en la puerta para llevarte a donde quieras. Buen viaje. Hasta nunca"

Capítulo 33:

Dos meses después, Dankworth recibió otra nota, igual de fría, igual de corta:

"Quiero informarte de que voy a tener un hijo tuyo. Ni él ni yo te necesitamos."

Dankworth tardó dos semanas en contestarle, el tiempo que necesitó para asumir la noticia.

No se lo contó a nadie, pero estuvo insoportable durante esas dos semanas. Irascible y enfadado. Los primeros días se quiso convencer de que ella le estaba engañando, que el hijo no era de él. Pero enseguida tuvo que aceptar que ella decía la verdad. Había sido virgen hasta que se había acostado con él, lo sabía a ciencia cierta, pero es que, además, la frase que ella le había enviado dejaba claro que le importaba un bledo lo que pensara él y que no lo quería en su vida. Estaba dispuesta a asumir una maternidad en solitario, a tener un hijo bastardo sin padre conocido. Le daba igual. No lo necesitaba para nada.

Y esto último también le mantuvo el humor de perros. Faith continuaba posicionándose por encima de él de aquella manera.

Y no estaba dispuesto a admitirlo.

Por eso decidió que le daría su apellido a ese hijo y si ella se lo negaba, la llevaría a los tribunales.

Así era todo lo que ella producía en él: intenso y contradictorio.

Esta fue la carta que finalmente le envío:

"Es tan hijo mío como tuyo, no puedes negarme que le de mi nombre y lo haga mi heredero. Y si lo haces, atente a las consecuencias"

Faith tardó otras dos semanas en contestarle por la misma razón que él: le sacaba de quicio y no le entendía.

Y quería aplastarlo.

Valoró decirle que no, que no era el padre. Sabía que tenía todas las de ganar ¿quién iba a creer a un hombre si la mujer decía que el hijo no era de él? Además, estaba segura de que la amenaza de llevarla a los tribunales era una bravuconada de él, ya le conocía como para saber lo mucho que le importaba la opinión pública y lo poco que le gustaban los escándalos.

No, no iba a hacer nada si ella se negaba a que él reconociera ese hijo.

Pero, al final, decidió no negarse.

Precisamente porque pensó en el hijo.

Dankworth había escrito que lo quería hacer su heredero y ella no era nadie para negarle a su hijo lo que era suyo, así que decidió transigir, pero con condiciones:

"De acuerdo, le dijo en una misiva posterior, pero vivirá conmigo"

Y él respondió:

"al principio sí, luego, conmigo"

Y ella:

"Solo se irá de mi lado cuando yo lo decida"

Y él:

"O cuando lo decida él"

Y ella:

"O ella"

Y así fueron intercambiando cartas cortantes como cuchillos, pero que llegaron a buen puerto.

Nació un varón, en esto tuvo razón él, al que le pusieron el nombre de Charles porque, casualmente, había sido el nombre de sus respectivos padres. Dankworth lo nombró heredero y primogénito con todos los derechos, aunque él luego tuviera otros herederos, cosa que nunca ocurrió.

Se montó una buena en Londres, y en Escocia, pero todo se redujo al cotilleo y la murmuración. Ni uno de los dos dijo nada a nadie, aparte de que sí, Charles era hijo de ambos. Esto aumentó el misterio, pero todo quedó ahí.

Y fueron pasando los años y la relación entre ellos se mantuvo distante, pero educada.

Intercambiaron cartas más largas y menos punzantes sobre la educación de Charles, llegaron a acuerdos sin problema, como cuando Charles se trasladó a vivir a Londres para mejorar su educación y empezar a tomar contacto con el puesto y título que iba a heredar.

Ambos se mantuvieron orgullosos de su hijo pero con la convicción de que ellos debían mantenerse alejados entre sí, hasta que el Rey decidió unirlos de nuevo.

Y ellos, por su torpeza, volvieron a estar en boca de todos.

Capítulo 34:

Cuando vio la silueta de Carran Loch Castle en el horizonte, Faith sintió que todo iba a estar bien. Aquel lugar era su medicina, su refugio y la fuente de su felicidad.

Solo le faltaba tener ahí a Charles con ella para que todo fuera perfecto. Aunque esta vez agradecía que no estuviera aún —faltaba más de un mes para su próxima visita— ya que necesitaba tiempo para lamer sus heridas en solitario.

Al igual que le ocurría a él, esa herida había impactado de lleno en su orgullo. Eso era todo.

¿Lo había sido siempre?

Seguramente, sí.

Con veinte años había ido al palacio de él después de la sesión de la cámara de los lores, por orgullo. A pesar de su juventud, no soportaba que un hombre intentara humillarla.

Y se había mantenido alejada de él todos esos años, por lo mismo, por orgullo.

¿Qué había pasado en el baile de Alasdair y Ailis? Que Dankworth había dado a entender que lo ocurrido treinta y cinco años atrás había sido responsabilidad de ella. Que ella le había provocado y él no había podido resistirse. Por eso le había insinuado que su frío no era más que una táctica para que él volviera a abrazarla.

Y el orgullo herido había aparecido de nuevo y por eso le había respondido lo del dedo.

En realidad, llevaban más de treinta y cinco años enfrentados por lo mismo: tenían una atracción física indudable, pero no soportaban que el otro se impusiera: incompatibles y totalmente compatibles al mismo tiempo.

Y orgullosos, muy orgullosos.

La receta perfecta para aquel desastre que era su relación desde el inicio.

Cuando el coche de caballos enfiló hacia la entrada de la finca donde estaba su castillo, Faith borró todas las preocupaciones de su mente y se centró solo en la vista maravillosa.

Un camino de piedra bordeado de flores silvestres acompañaba al visitante a la entrada durante media milla y, al fondo, el imponente el castillo con sus dos torres al frente, su escalinata de entrada, firme y poderosa, y la piedra oscura centenaria, en pie tras haber aguantado los vientos, lluvias y tormentas del desapacible clima escocés. Un poco más allá, a menos de tres millas, se adivinaba el pequeño lago que conectaba con el más grande lago de Etive.

Los visitantes solían calificar el lugar como agreste y desapacible, pero para Faith no lo era, para ella era su hogar y le provocaba una calidez inmensa en su interior.

De hecho, el castillo, en su interior, era acogedor y precisamente ese contraste entre la naturaleza salvaje del exterior y la calidez interior le hacían sentirse protegida como en ningún sitio.

El día, cómo no, estaba desapacible. Gris plomo. No llovía, pero el campo y las piedras del camino estaban mojadas y no tardarían en mojarse más, ya que unos densos nubarrones oscuros se cernían sobre el castillo.

Pero aquello no fue impedimento para que Faith hiciera lo que siempre hacía. Dio un golpe en el techo del coche para que el cochero parara y, cuando lo hizo, asomó su cabeza por la ventanilla y le dijo:

—Voy a recorrer andando el techo que queda, puedes ir y te atenderán para alimentar a los caballos y que descanses antes de volver a Edimburgo.

El cochero, que era alquilado, puso cara de asombro, ella no lo vio, pero lo supo. Siempre era igual. Una mujer de su clase no se bajaba y recorría andando lo que podía hacer cómodamente sentada en un coche. Pero ella sí. Siempre lo había hecho. Era, además, su ritual de entrada y, aunque cayeran chuzos de punta, lo hacía.

Se bajó del coche y se quedó parada, mirando al frente, a su castillo, hasta que el coche inició la marcha. Siguió así hasta que el coche llegó a la entrada del castillo y desapareció rumbo a las caballerizas.

Solo entonces, cuando toda la vista estaba despejada y solo estaban ella y su hogar, comenzó a caminar, tranquila, pero sin pausa.

Sentir bajo sus pies la mezcla de tierra y piedras pequeñas que alfombran el camino de entrada le llenó el corazón de alegría. Al igual que el sonido que producían esa tierra y piedras por la presión de sus zapatos.

Con la vista al frente, se dejó mecer por aquellas sensaciones y aquel sonido, viendo cómo la entrada a su castillo cada vez estaba más cerca.

Estaba deseando sentarse frente a la chimenea del gran salón y disfrutar de las vistas de los páramos y del lago que había a través de los ventanales de ese mismo salón, unos ventanales sin cortinas.

Allí ella no le temía a nada, ni al viento, ni a la lluvia. Tampoco se sentía mal por nada: ni por el recuerdo de la bruja de Ailis ni el del el engreído Dankworth.

Del maldito inglés.

Ya se sentía mucho mejor y mucho más fuerte y aún no había entrado.

En ese momento vio un resplandor y, casi seguido, se escuchó un trueno potente y aterrorizador.

La tormenta estaba sobre su cabeza sin haber avisado de antemano.

Aquello no era extraño en aquellas latitudes. Pero ella no se asustaba ante aquella muestra de naturaleza salvaje, al contrario, le daba energía y le vivificaba.

Un nuevo relámpago con trueno inmediato fueron seguidos por una lluvia fuerte repentina.

Las gotas, gruesas, empezaron a caer con fuerza, produciéndole escalofríos, pero también alegría.

Pero hacía frío estaba ya empapada, así que decidió recorrer los metros que le separaban de la entrada al castillo corriendo.

Se recogió la falda, dejando sus piernas a la vista hasta medio muslo y emprendió una carrera.

Al ruido de sus pisadas veloces y de las gotas de lluvia sobre la tierra, se le unieron el sonido de su corazón acelerado y, sobre todo, su risa.

Cuando era niña y aún vivían sus padres había hecho aquello muchas veces. Generalmente la lluvia le atrapaba en el exterior, ya que ella era de aire libre. Solía ser su madre quien salía a la puerta del castillo y la llamaba a gritos para que entrara y ella, obediente, lo hacía siempre corriendo.

Y riendo.

A carcajadas.

Luego, cuando fue algo mayor y sus ocupaciones en el interior eran mayores, solía ocurrir al revés: que cuando escuchaba la lluvia caer, salía a mojarse, como si de un juego delicioso se tratara.

En aquella época su madre ya había fallecido y quien se encargaba de intentar meterla dentro de nuevo —infructuosamente — era la mujer que su padre había contratado para cuidarla: lady Moore.

La mujer, una escocesa a la antigua usanza, solía reprenderla amenazándola con todos los males: "¡te vas a caer!", "¡te vas a romper algo!" , "¡vas a pillar una pulmonía!", pero ella, que ya no era tan dócil, solía alargar su fechoría y solo entraba de nuevo cuando ya estaba completamente empapada y había empezado a tiritar.

Y lo hacía riendo.

A carcajadas.

Con la llegada de la edad adulta y su asunción de altas responsabilidades, Faith había olvidado aquello. Ahora, sin buscarlo, vino a ella de golpe, provocandole las mismas sensaciones maravillosas que de niña. Y mientras corría y reía a carcajadas, se dijo a sí misma que recuperaría aquella costumbre y volvería a correr bajo la lluvia siempre que tuviera la ocasión.

Envuelta en aquella euforia, con el sonido de su corazón, sus pasos y sus risas no escuchó otro sonido que iba haciéndose cada vez más intenso.

Bueno, en realidad si lo escuchó, pero lo confundio con el ruido de la lluvia.

No lo era.

Eran los cascos de un caballo al galope.

Un caballo que la adelantó cuando ella estaba a cien metros escasos de la entrada.

Un caballo que frenó su carrera casi de golpe, algo que le hizo levantar las patas delanteras y moverlas al aire mientras su jinete, un hombre, se bajaba casi al mismo tiempo, pero de manera controlada y hábil.

Un jinete que hizo que Faith frenara su carrera también de golpe.

Tenía la cara empapada y lo ojos velados por las gotas de lluvia, pero no tuvo ni una duda:

Era Fitzjames Dankworth.

Capítulo 35:

—Explícamelo otra vez.

Había pasado media hora desde su abrupto reencuentro a las puertas del castillo. Ambos se habían cambiado de ropa y se encontraban sentados frente a la chimenea, que desprendía un calor hogareño, y ambos tenían una taza de té caliente en la mano. Pero el asombro de Faith no había disminuido un ápice, por eso necesitaba que Dankworth le explicara de nuevo lo que ya le había dicho en el exterior, cuando ella, sin salir de su asombro, le había preguntado qué demonios hacía allí.

—Tenemos que solucionar lo nuestro, Faith. Por nuestro bien. Lo que ha ocurrido en Edimburgo hace unos días no se puede repetir.

Dankworth acababa de repetir, palabra por palabra, lo mismo que le había dicho media hora antes. Y Faith, como le había ocurrido a las puertas del castillo, no sabía ni por dónde empezar a responder.

Media hora antes había tomado una decisión práctica: le había dicho a Dankworth que no podían seguir manteniendo una conversación bajo la lluvia y le había invitado a entrar. Una vez dentro, después de saludar rápidamente a sus asombrados criados —la esperaban a ella, pero no acompañada de un imponente y empapado jinete desconocido —había hecho que le llevaran a él a la habitación de invitados, para secarse y cambiarse, y ella misma había acudido a su habitación para hacer lo mismo:

—En media hora hablamos en el salón —le había dicho tan solo, esperando internamente que media hora después todo tuviera más sentido.

Pero esa media hora había pasado y Dankworth le acababa de confirmar que no entendía nada.

Decidió tomar un largo trago de té antes de empezar a preguntarle.

Pero, ¿por dónde empezar?

Por lo más descabellado, decidió:

—¿Has dicho "lo nuestro"? —Había ironía además de desconcierto en su pregunta. Que Dankworth hablara de ellos dos de aquella manera era como imaginar un verano sin lluvia en Escocia. Por si no había quedado claro, Faith añadió, con más ironía aún —¿Te has golpeado en la cabeza?

Y ocurrió lo inesperado, la respuesta de Dankworth fue una carcajada alegre y sincera.

Ella abrió los ojos y simplemente repitió, ya sin tono de pregunta:

—Te has golpeado en la cabeza.

Y Dankworth volvió a reír.

Estaba claro que él había sufrido un cambio radical y repentino en relación a ella. No creía que se hubiera golpeado la cabeza, pero algo había ocurrido. Y aquello solo podía explicarlo él .

Decidió que se lo quedaría mirando, seria, hasta que él entendiera el mensaje.

Y lo hizo, pero se lo tomó con calma.

Terminó de reír a gusto, luego la miró fijamente, sin quitarse la sonrisa del rostro, dio, él también, un largo trago a su té y sólo después habló:

—No, no me he vuelto loco, Faith —empezó, y volvió a quedar en silencio, mientras la miraba sonriendo.

En los treinta y cinco años que llevaban relacionándose, él había dicho su nombre apenas un par de veces: apenas murmurandolo sobre el lecho, cuando habían concebido a su hijo, y dos días antes, en el baile. Las veces anteriores, el corazón de Faith había dado un vuelco. Su nombre en la boca de él era casi más intimo que el sexo que habían mantenido.

Íntimo y agradable, muy agradable.

Ahora, desde que se había presentado en Carran Loch Castle de improviso, se lo había dicho ya dos veces. Era evidente que algo había cambiado en él.

Pero en ella no.

Ella aún quería mantener la distancia. No se fiaba de él desde el día que la había dejado plantada en el lecho, así que le respondió distante y con el nombre que siempre había utilizado.

—De acuerdo, Dankworth, dime entonces qué es lo que te ha pasado.

—Nos ha pasado.

Ahí estaba otra vez aquel "nos" hablando de ellos como si fueran una sola persona. o algo maś de lo que eran

—¡Bufff!

Faith no pudo evitar aquel bufido que condensaba todo lo que estaba sintiendo: el desconcierto y el recelo.

Pero él, una vez más, la desarmó con una nueva carcajada. Aunque enseguida se puso serio, cuando vio que ella fruncía el ceño:

—Me ha costado treinta y cinco años darme cuenta, Faith —y ahí estaba otra vez su nombre en sus labios y el escalofrío que la recorría entera cuando lo escuchaba —empezamos mal y no hemos sido capaces de reconducir nuestra relación, pero debemos hacerlo, ya que solo nos ha traído infelicidad a ambos. He venido con la intención de arreglarlo. De acabar con nuestra enemistad de treinta y cinco años.

Faith abrió los ojos como platos. No sabía qué diablos le había ocurrido a Dankworth, pero sí sabía que ella no tenía necesidad de cambiar nada.

—Podemos mantener nuestra relación como hasta ahora y mantener la distancia.

Respondió ella, inmediatamente.

—Si, eso pensaba yo hasta ayer. Pero me he dado cuenta de que ha sido un error.

—Tampoco nos ha ido tan mal —respondió ella, rápida de nuevo — solo tenemos desencuentros cuando estamos juntos, algo que, hasta ahora, ha sido muy pocas veces.

Había dicho el "hasta ahora" con cierto retintín. Quería que quedara claro que ella no estaba de acuerdo con su presencia. Pero él obvió la censura implícita.

—Claro que hemos tenido problemas, Faith. El más evidente, el último. Acabas de perder tu posición como jefa de clanes, además de darle a tu enemiga una victoria que se podía haber evitado.

Aquello era indudable, pero Faith no quería dar su brazo a torcer. Por eso, frunció el ceño y le respondió:

—Puedo vivir con ello. Además, las aguas volverán a su cauce pronto.

—O no….

—Puedo vivir con ello —repitió ella, con los labios fruncidos dispuesta a no ceder ni un ápice en su posición.

—No solo he vuelto por eso —dijo entonces Dankworth, y consiguió que ella le mirara con interés:

—¿Qué más hay? —le preguntó entonces.

—Estoy retirado de la vida pública, como sabes, pero, en realidad, ese retiro afecta tan solo a la vida londinense. Le he cedido mi puesto a Charles en todo lo relacionado con el parlamento, pero sigo a las órdenes del Rey para misiones como la que acabo de llevar a cabo aquí. Y todo lo que ocurre conmigo le va a afectar a Charles ¿o crees que la noticia de nuestro enfrentamiento público de hace dos días no ha llegado ya a Londres? Te respondo yo: sí, ha llegado, y en este momento somos, de nuevo, la comidilla de todos. Algo que no es bueno para nosotros, pero tampoco para Charles. —Ella abrió la boca para responderle, pero él le pidió con la mano que le dejara terminar —Y lo peor no es eso, creo que no va a ser la última vez que el Rey me envíe a Escocia a negociar. Como bien sabes, hay previstas varias reformas agrarias que os van a afectar a vosotros también. Doy por hecho que el Rey me volverá a enviar como negociador. Y si, como bien has señalado y espero que ocurra, tú vuelves a estar al mando, volveremos a enfrentarnos. Delante de todos.

Lo cierto era que no había pensado en el futuro. Ni en cómo lo que ellos hacían le podía afectar a Charles. Pero ahora que le había escuchado se había dado cuenta de que Dankworth tenía razón: más pronto que tarde iban a volver a enfrentarse. Y, desde luego, no podía volver a ocurrir lo que les había ocurrido esta vez. Y mucho menos, que su hijo resultara afectado.

—¿Y eso es lo que te ha hecho venir aquí sin avisar?

A pesar de que lo que Dankworth le acababa de decir era incontestable, algo dentro de ella se resistía aún, de ahí aquella respuesta maleducada. Pero a Dankworth no pareció afectarle. De hecho, volvió a sonreír, esta vez de manera franca, pero sin carcajadas.

—Si, es la razón por la que ayer me di la vuelta cuando ya iba camino de Londres y me dirigí aquí. Una vez que veo claro algo, me gusta solucionarlo en el momento. Creo que en eso me conoces.

Dankworth seguía irreconocible, le hablaba con amabilidad, a pesar de la evidente aspereza de ella, y le daba explicaciones que ella ni siquiera había pedido. Explicaciones que tenían sentido y que incluso podían convencerle.

Pero lo que no iba a hacer era reconocerlo:

—Deberías haber avisado, no está bien que te presentes sin ser invitado. No es una buena manera de comenzar a reparar nuestra relación.

Él sonrió cuando escuchó el "nuestra" y ella se dijo a sí misma que él acababa de ganarle una pequeña batalla. No le hizo gracia, pero con Dankworth siempre era igual, siempre acababan enfrentados, por todo, por cualquier nimiedad…

—Tienes razón y te pido disculpas, pero supuse que si te preguntaba me dirías que no. Va a ser la última vez que haga algo en contra de tu voluntad o a tus espaldas, te lo prometo. Ahora mismo empieza nuestra nueva vida: dejaremos de ser enemigos para pasar a ser aliados.

Era evidente que Dankworth había cambiado radicalmente. Por un momento Faith pensó que igual era cierto que se había golpeado en la cabeza. Lo descartó y no se lo dijo en alto. Iba a aceptar su propuesta. Él tenía razón, era agotador pasarse toda la vida fastidiandose mutuamente o esquivandose, era el momento de superar sus diferencias, por el bien de ambos, pero, sobre todo, por el bien de Charles.

—¿Cuánto piensas quedarte? —le dijo entonces, aceptando implícitamente su propuesta-

—El tiempo suficiente para que seamos capaces de estar juntos sin enfadarnos ni reprocharnos cosas. El tiempo suficiente para convertirnos en amigos —en ese momento un trueno escandaloso se impuso entre ellos. Cuando el sonido se extinguió, él añadió, riendo —y no me iré antes de que amaine la tormenta.

Capítulo 36:

Cuando Faith se retiró a su habitación, media hora después, la tormenta no solo no había amainado, sino que se había hecho más fuerte. Los rayos y truenos se sucedían casi sin tregua y el agua golpeaba contra los muros y las ventanas del castillo con una fuerza intensa. Pero nada de eso era lo que le mantenía en alerta. Estaba acostumbrada a esas tormentas y esa lluvia. La tormenta, además, amainaría, pero Dankworth seguiría en su castillo. Ese era el problema.

Estaba dispuesta a reconocer que tenía razón: quizá ya era hora de acabar con sus desencuentros, de dar escándalos no buscados que, además, le podían traer problemas a su hijo. Sí, tenía cierto sentido lo que él le había dicho, pero…. pero es que Dankworth no había mencionado el problema fundamental: que su mayor problema no era cuando tenían público, sino cuando se quedaban solos. El rechazo y el enfrentamiento que les surgía en público se convertía en atracción irresistible cuando estaban solos. ¿Cómo iban a convertirse en amigos? ¿Cómo iban a evitar echarse a los brazos del otro?

Ese día, frente a la chimenea, lo habían conseguido, pero había funcionado por lo excepcional del momento. Faith estaba segura de que no iba a ser fácil convivir con Dankworth los próximos días y evitar acabar haciendo algo como lo que había hecho treinta y cinco años atrás.

Por alguna razón, Dankworth no había pensado en aquello, pero para ella iba a tratarse de una auténtica pesadilla.

Capítulo 37:

Dankworth no solo había pensado en aquello, sino que había sido la verdadera razón de su inesperado viaje a Carran Loch Castle.

Después del escándalo en el palacio de Alasdair y Ailis McGregor, había decidido volver a Londres, olvidar todo lo ocurrido y volver a ocuparse de sus asuntos lejos de "su maldita pelirroja".

Lo que había ocurrido había sido desagradable, muy desagradable, pero también era cierto que, aparte del bochorno momentáneo y la incomodidad, a él no le iba a afectar en absoluto.

El acuerdo no solo no se había roto, sino que todas las partes, empezando por Alasdair, estaban empeñadas en que continuara adelante. Y él iba a volver a Londres, donde dejaría atrás a todos aquellos escoceses y sus pendencias personales.

Y respecto a Charles, era cierto que el cotilleo iba a llegar a Londres, pero no creía que los dimes y diretes sobre sus padres le supusieran nada más que un poco de incomodidad.

El problema era para Faith, no para él, no para Charles.

Sin embargo, aunque estaba claro que ya no tenía nada que hacer allí, en vez de partir inmediatamente, había ido demorando su partida.

Su anfitrión no había podido ocultar su asombro cada vez que él le había dicho que retrasaba su salida unas horas con cualquier excusa peregrina: hacer una visita a la catedral de St Giles, hacer unas compras en el centro de Edimburgo, dar un paseo por el Old Town. Cosas que podría haber hecho los días anteriores y por las que no había mostrado ni un interés.

La noche del segundo día mareando la perdiz para no largarse, decidió enfrentarse consigo mismo: "¿qué te está pasando?", se dijo, en alto, mirando el reflejo de su cara en el espejo de su habitaciòn, y escuchó su voz interna en su cabeza: "es mi maldita pelirroja".

Mi maldita pelirroja.

Mi.

El corazón le dio un vuelco cuando se dio cuenta de lo que acababa de pensar.

La frase que llevaba treinta y cinco años repitiendo en su mente cada vez que se acordaba de ella había cambiado. Era un cambio sutil, pequeño en apariencia, tan solo una palabra: "la" a cambio de otra: "mi"

Pero ese cambio lo decía todo.

Faith era su tormento, pero era suyo. O quería que lo fuera.

Llevaba treinta y cinco años lamentándose por algo que, en realidad, deseaba.

La deseaba.

Deseaba a aquella mujer, de una manera tan intensa, que dolía.

La bronca en el jardín de los McGregor no había sido más que una expresión de aquel deseo insatisfecho.

"¡Dios mío!", se dijo a sí mismo pasándose la mano por la cara, en un intento de pensar con más claridad: "llevo toda mi vida huyendo de lo que debería ser mi destino".

Lo vio claro: lo que había pasado y lo que no debía volver a pasar.

Habían empezado mal porque eran demasiado jóvenes y demasiado orgullosos cuando se habían conocido, además de cargar sobre sus espaldas todo el peso de la incomprensión y el conflicto de siglos de sus dos pueblos. Y eso lo había tergiversado todo.

Si se hubieran conocido de otra manera, sin el peso de la política, habrían acabado uno en los brazos del otro sin duda, y aún seguirían juntos.

¿Por qué no se había casado nunca? Porque tenía ya el único hijo que quería tener, el que compartía con Faith.

¿Por qué jamás se había enamorado de ninguna de sus múltiples amantes?: porque no podía hacerlo, su corazón había sido creado para una sola mujer, él la había rechazado, y con ese rechazo, su corazón había seguido solitario.

¿Por qué siempre estaba tenso y como enfadado? ¿Por qué era tan rígido?: porque no había querido escuchar a su corazón

Mientras se daba cuenta de todo aquello: los años perdidos, lo absurdo que había sido todo, daba vueltas y vueltas en su habitación como un león enjaulado.

Y de repente todo empeoró: sintió que le faltaba el aire.

Empezó a respirar con fuerza y, a pesar de que el aire entraba en sus pulmones, siguió sintiendo que le faltaba algo.

Le costó un minuto darse cuenta de lo que le ocurría.

No era aire lo que le faltaba, era Faith.

Y en ese momento lo decidió. Iría a buscarla. Iría a buscar su destino.

Ahora bien, tenía claro que ella no se lo iba a poner fácil, por eso se le ocurrió lo que le acababa de contar: que tenían que hacerse amigos para evitar montar escándalos en el futuro y proteger a Charles.

Había sido una buena idea y le había salido bien.

Por el momento…

Todo había estado a punto de irse al traste, porque ella mantenía la desconfianza y quería mantener la distancia, pero había conseguido que le dejara dormir en el castillo y, quizá, un par de días más.

Ese era el tiempo que tenía para convencerla de lo que él ya sabía: que estaban hechos el uno para el otro.

Capítulo 38:

Estaba acostumbrado a su lujoso palacio de Londres: el palacio del Ducado de Silesmount estaba situado en una de las zonas más exclusivas y elegantes. El comedor era una estancia magnífica con unos enormes ventanales que daban a un jardín trasero de proporciones más grandes de lo habitual. Además, los muebles, que conservaba de la época de sus padres, eran abundantes y lujosos, al igual que las mullidas alfombras que cubrían todo el suelo de madera noble. Era uno de los mejores palacios de todo Londres y rivalizaba con el de los mismísimos reyes.

El castillo de Faith no tenía nada que ver con aquello. Para empezar, el duro clima escocés hacía que la construcción tuviera gruesos muros y las ventanas fueran de proporciones mucho más pequeñas a las de su palacio. Los cristales eran mucho más opacos y estaban enmarcados por dibujos geométricos de tiras de plomo, eso sí, eran de colores, en concreto, los colores del clan de Faith, que eran el verde y el rojo. Los muebles, por otro lado, aunque eran de excelente calidad, eran escasos, sobrios y exclusivamente funcionales, es decir, no había ninguna concesión al adorno o al lujo.

Sin embargo, a pesar de la diferencia, Dankworth se sentía bien, cómodo, como si aquél también fuera su hogar.

Estaba claro que el cambio que se había producido en él respecto a sus sentimientos hacia Faith estaba teniendo efecto en todos los aspectos de su vida. Tan solo una semana atrás habría estado despotricando contra el lugar, no le habría gustado su oscuridad, la humedad en el ambiente, la falta de lujos,..., ahora, sin embargo, veía un lugar acogedor y cálido. Un lugar en el que sentirse protegido de la inclemencia del tiempo, ya que en el exterior, aunque ya no había tormenta, seguía lloviendo con fuerza y sin descanso.

Todo eso iba pensando aquella primera mañana, mientras bajaba de su habitación a desayunar al comedor del castillo.

El día anterior, al despedirse, Faith le había dicho que le esperaría a las ocho en punto, para desayunar y luego dar un paseo por los alrededores del castillo. Ese iba a ser el plan del primer día que iban a intentar ser amigos, le había dicho, sin evitar que la palabra "amigos" sonara escéptica.

Se había retirado sin tenerlas todas consigo, sabiendo que iba a ser difícil convencer a Faith, pero la combinación entre el largo viaje cabalgando y el ruido relajante de la lluvia tras los cristales había hecho que durmiera profundamente y se despertara exactamente a la hora que ella le había marcado. Él, que era famoso por su puntualidad, iba a llegar tarde en uno de los días más importantes de su vida.

Se había levantado de un salto, se había aseado, se había vestido con ropa elegante pero cómoda y había salido hacia el comedor en tan solo cinco minutos. Más rápido que nunca.

Pero tarde.

Mientras bajaba las escaleras admirando la falta de decoración, pero lo acogedor que le resultaba todo, se demoró un poco pensando qué excusa le iba a dar a Faith para aplacar el enfado que, seguro ya tenía por su impuntualidad.

Y decidió decirle la verdad.

Sí quería cambiar su relación con ella eso era lo primero que tenía que hacer: no mentirle.

Le diría que se había dormido porque estaba muy cansado y el castillo y la cómoda cama habían hecho el resto.

Sí, al igual que había pasado treinta y cinco años huyendo de ella o tratándola con prepotencia, ahora se iba a convertir en el hombre más amable y atento. Todo un caballero y…

Los pensamientos se cortaron de repente en cuanto abrió la puerta del salón. Algunas cosas no habían cambiado desde el día anterior: la chimenea estaba encendida y había caldeado la habitación, una alfombra mullida y enorme ocupaba casi todo el suelo, el sillón sobre el que se había sentado, cubierto con una mullida manta de lana en cuadros rojos y verdes, seguía allí, al igual

que el sillón sobre el que se había sentado Faith. También seguía en el mismo sitio la mesa de comedor que el día anterior no habían usado, y que esa mañana tenía encima viandas y una gran tetera.

Pero faltaba algo fundamental.

Faltaba Faith.

Dankworth se acercó a la mesa suponiendo que a ella le había ocurrido lo mismo que a él y se estaba retrasando. Esperaba encontrar dos juegos de tazas, platos y cubiertos y, efectivamente, los encontró. Pero recibió una nueva sorpresa: uno de los juegos había sido utilizado: la taza tenía trazas del líquido que había contenido, un plato tenía migajas de uno de los trozos de bizcocho que había sobre otro plato… Estaba claro que alguien ya había desayunado y se había ido.

Faith, claro ¿quién si no?

No le había esperado ni cinco minutos de cortesía.

—Empezamos bien —dijo en alto, sin poder evitar su frustración.

Seguramente Faith se había enfadado por su impuntualidad más de lo que él había supuesto. Era la única forma de entender que hubiera desayunado tan rápido y hubiera desaparecido: quería dejarle un mensaje: "no pienso esperarte por nada".

Suspiró en alto. Su empeño de intentar seducir a Faith en dos días era difícil, pero acaba de complicarlo más. De todas formas, no pensaba rendirse: al igual que hasta dos días antes su empeño había sido odiar a aquella mujer, ahora pensaba hacer lo mismo para conseguirla.

Pero claro, para eso tendría que saber dónde estaba.

Se sirvió una taza de té y la bebió en largos y rápidos sorbos, cogió uno de los trozos de bizcocho y lo fue comiendo mientras salía del lugar en busca de Faith. Con un poco de suerte, estaría en el jardín exterior.

Al salir del comedor se topó con el zaguán de entrada, el lugar por donde había entrado el día anterior. En aquel momento no se había fijado mucho, ahora veía que era igual al resto del castillo: sobrio e imponente.

Y también vio que las puertas de entrada estaban abiertas de par en par.

Si, no había duda, Faith había salido al exterior.

Se dirigió sin duda hacia la salida, quería verla ya. No quería desperdiciar ni un segundo del día para estar con ella.

En cuanto llegó al umbral de la gran puerta se dio cuenta de que llovía a cántaros: tenía que volver a su habitación, a buscar el abrigo de lluvia que había traído. Era un pequeño inconveniente, pero se dio la vuelta y subió las escaleras de dos en dos y en menos de un minuto estaba de nuevo fuera.

Y se llevó la primera sorpresa.

Aquello no era un jardín o, al menos, no era lo que él conocía como jardín. Era más una extensión del salvaje páramo escocés.

Había macizos de flores, sí, pero más parecía que habían brotado de manera natural y no por la mano experta de un jardinero.

La hierba estaba alta y parecía crecer sin control y, de hecho, le empapó las botas y los pantalones inmediatamente.

A él le gustaba la naturaleza y le gustaba sentirla de manera salvaje —por eso, entre otras cosas, había llegado a Carran Loch Castle cabalgando en solitario y no en un cómodo coche de caballos —pero solo cuando correspondía. Y el jardín de un castillo no debía ser salvaje, sino estar bien cuidado y delimitado.

Pero claro, era el castillo de Faith, no podía esperar otra cosa.

Y, de hecho, en cuanto esta idea apareció en su mente, se dio cuenta de que empezaba a gustarle. ¿No era acaso eso lo que le atraía de ella?: su parte salvaje e indomable.

Estaba claro que su naturaleza recta y convencional era lo que había chocado con Faith desde el inicio de su relación y empezaba a estar claro que eso se iba a repetir con todo lo que la rodeaba, pero, al igual que había aceptado que ella le gustaba y quería estar con ella, iba a tener que hacerlo con todo lo que la rodeaba.

Así que se adentró en aquel jardín, que más parecía bosque, decidido a no quejarse más, viera lo que viera.

Fue avanzando poco a poco mientras con la mirada la buscaba, pero cinco minutos después, con el pelo y el abrigo empapados, seguía sin encontrar ni rastro de ella .

¿Dónde se habría metido?

Y entonces, cuando ya empezaba a darse por vencido, la vio.

Ella iba envuelta en una capa con capucha. Iba andando, como si estuviera dando un paseo, como si no estuviera bajo un aguacero intenso.

Dankworth se la quedó mirando, embelesado.

A pesar de que estaba tapada de arriba abajo, algún mechón rebelde se le había escapado y asomaba al viento. Y su forma de andar, elegante y enérgica al mismo tiempo, era única.

Al verla, dos partes de su cuerpo se agitaron: su corazón y su miembro viril.

¿Le había pasado siempre eso?

Seguramente sí. Seguramente, desde el momento que la había visto en el parlamento, había reaccionado igual. Pero entonces había estado tan metido en su papel, tan convencido de que ella era una anomalía inaceptable, que no había reparado en los signos claros. O, mejor dicho, los había malinterpretado.

Toda su vida no era más que una serie de prejuicios y malentendidos.

Menos mal que se había dado cuenta, menos mal que aún estaba a tiempo de reconducirla. Menos mal que…

En ese momento pisó una rama y el ruido hizo que Faith se diera la vuelta.

Quieta, mirándolo fijamente, estaba seria , muy seria, y entonces él se dio cuenta de que ella no estaba sintiendo lo mismo que él.

Y de que todo iba a ser mucho más difícil de lo esperado.

Capítulo 39:

—Llegas tarde.

El ruido suave y relajante de la lluvia al caer no amortiguó la aspereza del tono que había utilizado ella. Estaba enfadada y Dankworth se temía que no solo por su retraso. Estaba claro que Faith no había pasado por el mismo proceso que él.

—Te vas a mojar.

Dankworth tenía muchos defectos, era rígido y excesivamente conservador, podía ser frío y cortante como el acero, cuando cogía una presa no la soltaba hasta salir victorioso y cuando no le salía bien, como había ocurrido con Faith , podía pasar años y años obsesionado. Pero todas esas características, que habían sido un lastre en su relación hasta entonces, se podían utilizar a su favor en este momento.

Es lo que hizo.

Añadiendo su sentido del humor irónico.

Y funcionó.

Faith, empapada bajo la lluvia, no pudo evitar soltar una carcajada.

Y al oírla reír, lo que Dankworth había empezado a sentir dos días atrás se amplificó. Ya no eran su corazón y su órgano viril tan solo, era todo su cuerpo el que se llenó de ella. Y su alma entera.

¿Cómo he podido ignorarlo?. Se dijo, sin poder quitar la vista de ella, fascinado.

Capítulo 40:

Faith dejó que la sonrisa se apagara poco a poco en su cara, mientras su expresión se volvía extrañada. Dankworth acababa de bromear abiertamente con ella. Aquello no hacía más que incrementar el misterio de lo que estaba ocurriendo desde el día anterior.

Había dormido francamente mal. El día anterior, cansada por el viaje y por las tensiones de los días anteriores, había aceptado la propuesta de él, pero en cuanto se había quedado sola, se había dado cuenta de que había cometido un error.

Se sentía manipulada por él. La había envuelto en palabras para que ella aceptara algo que, sabía, no quería aceptar.

Y no quería aceptar porque sabía perfectamente el peligro que corría.

No llevaba treinta y cinco años esquivando a Dankworth solo porque sus caracteres fueran incompatibles y porque él fuera un engreído prepotente. Todo eso era cierto, pero no era la razón fundamental de su rechazo a estar con él. La razón era que le había roto el corazón y no quería que volviera a pasar.

Treinta y cinco años atrás, había tenido una relación inesperada con él, pero lo que había venido después le había dejado una herida que había condicionado toda su vida posterior.

Cuando lo había conocido, por muy decidida e intrépida que pareciera, no había dejado de ser una joven inexperta. Se había entregado a él sin barreras, totalmente y él le había devuelto… un abandono vergonzoso.

Porque había sido vergonzoso despertarse y darse cuenta de que estaba sola. De que a su lado, en el lugar que había estado él besándola y amándola, solo quedaba un hueco frío.

Y había sido vergonzoso vestirse apresurada y encontrarse en un palacio ajeno.

Y más vergonzoso aún, tener que enfrentar las miradas de los criados, que sabían lo que había ocurrido entre su amo y aquella desconocida.

Y vergonzoso ver la expresión del cochero, un hombre de la edad de su padre, que la había mirado con compasión cuando ella le había dado su dirección.

Pero lo peor de todo había sido el vacío que él había dejado en su corazón.

No se había enamorado de él, nadie podía enamorarse en una sola noche, pero había tenido claro que lo que había sentido junto a Dankworth había sido excepcional y que jamás en la vida iba a sentir nada igual.Había encontrado la horma de su zapato, a la persona que encajaba perfectamente en ella .

Y esa persona la había rechazado.

En ese momento se había hecho una promesa: jamás volvería a dejar que un hombre accediera a esa parte de ella. y menos que nadie, Fitzjames Dankworth, Duque de Silesmount.

Y la había cumplido con creces.

Jamás se había enamorado de un hombre. Ni encaprichado. Ni obsesionado. Y, por supuesto, jamás había vuelto a sentir con nadie lo que había sentido aquel día con Dankworth.

Había tenido amantes, muchos. Era una mujer apasionada y necesitaba el contacto físico. Pero se había preocupado muy bien de buscar los amantes adecuados para que su plan no fallara en lo más mínimo: o hombres casados que no tenían la menor intención de dejar a sus esposas o solteros impenitentes que antes preferían morir a tener una relación oficial y, mucho menos, casarse.

Aún así, varias veces le había salido mal. Uno de los hombres casados se había encaprichado con ella y había amenazado con dejar a su esposa para casarse con ella. Horrorizada, había cortado en ese momento la relación con él y no había transigido ante sus requerimientos de volver. Lo mismo le había ocurrido con un par de aquellos impenitentes solteros (bueno, había sido más de un par) , quienes, de repente, habían dejado de abominar del matrimonio y habían intentado convencerla para casarse. En esos casos había reaccionado igual que con el casado: había cortado por lo sano.

Como era una mujer bella y atractiva, había podido sustituir a aquellos caballeros por otros. De aquella manera se había convertido en una mujer experimentada en el sexo. Y, sobre todo, se había mantenido libre, no solo de acción y gestión de su vida, sino también de alma.

Nunca jamás iba a permitir que nadie le hiciera lo que Dankworth le había hecho al acostarse con ella y, posteriormente, abandonarla. Nunca iba a sucumbir de nuevo a la necesidad de otra persona y a sufrir por su ausencia.

No, por nada del mundo quería volver a vivir algo así.

Y mucho menos con él.

Pero todo aquello había sido puesto en peligro el día anterior

Él se había presentado en su refugio sin permiso y no solo eso, sino que la había manipulado para que ella aceptara que él se quedara unos días. Y, encima, acababa de hacerla reír a carcajadas.

Como si fueran amigos ya.

Como si pudieran ser algo más….

Aquel maldito inglés había cambiado de repente, él sabría por qué, y estaba a punto de derribar los muros que llevaba treinta y cinco años construyendo.

Y no, no iba a permitirlo.

Por eso, con las ideas claras de nuevo, se puso a la defensiva y le espetó, con brusquedad:

—¿A qué has venido?

Capítulo 41:

Dankworth no cayó en la trampa.

Porque eso era lo que ella acababa de tenderle.

Al haber cambiado su percepción de ella, ahora veía todo con más claridad. Se dio cuenta de que ella se sentía atraída por él tanto como él por ella. Se dio cuenta de cómo su broma la había desarmado. Y también se dio cuenta de que aquella pregunta a bocajarro: "¿a qué has venido?" estaba dirigida a sonsacarle sus planes.

Porque Faith sospechaba que él tenía segundas intenciones. Como así era.

Pero no pensaba decirle la verdad por el momento, debía ir con cuidado, no quería alejarla de él más. Iba a ser difícil, pero iba a ganarle esta última batalla. Y, además , iba a ser una victoria maravillosa, ya que ella iba a ganar también:

—Te lo dije ayer, Faith, he venido a convertirme en tu amigo y nada más. No quizá tu mejor amigo, pero sí uno lo suficientemente bueno como para que no nos pongamos a discutir delante de todo el mundo y no les demos de qué hablar.

Sacó su voz más agradable, pero con un punto de distancia, como si lo que estaba diciendo tampoco le importara demasiado. Y casi se tuvo que refrenar para no aplaudirse a sí mismo, porque su táctica funcionó: aquellos "nada más" y "no quizá tu mejor amigo" marcaron la diferencia para que ella bajara sus defensas.

Faith dejó de fruncir el ceño, relajó su expresión y le dijo, ya con menos tensión en la voz:

—Vamos, te voy a enseñar mis dominios.

Capítulo 42:

Dankworth se dejó conducir sin queja. Al contrario, como Faith se puso a la cabeza, para llevarlo a donde fuera, pudo contemplarla de espaldas.

Era la primera vez que podía contemplarla así con detenimiento. Y le gustó. Mucho.

Faith tenía una forma de andar peculiar, elegante y pizpireta al mismo tiempo. Como la zona por la que estaban pasando tenía la hierba alta, no se le veían los pies y parecía deslizarse. Era una delicia verla, pero también ver cómo se mojaban los mechones que escapaban bajo la capucha y cómo se marcaban los hombros bajo la tela gruesa e impermeable, perfectos, rectos y redondeados.

No pudo disfrutar mucho tiempo de la vista porque enseguida llegaron al establo, el lugar al que parecían dirigirse.

Y sí, una vez allí Faith se dirigió a la zona donde estaban los caballos. Había muchos. Eran unos caballos fuertes, nada que ver con los caballos que utilizaba él, más estilizados y altos, pero supuso que para moverse por los páramos escoceses hacía falta otro tipo de características

—¿A caballo? ¿Lloviendo?

Lo cierto es que le gustaba muchísimo cabalgar, pero no le parecía que era el día para hacerlo: seguía lloviendo a cántaros y así parecía que iba a continuar.

Pero ella no se inmutó, tan solo sacó una media sonrisa:

—Si tuviéramos que esperar a que parara de llover, nunca cabalgaríamos.

Él levantó las cejas, iba a responder que aquello era una exageración, que en Londres también llovía mucho, pero había días sin lluvia o días con lluvia más ligera, pero ella no le dio tregua y continuó:

—Si quieres ser mi amigo, tienes que comportarte como un escocés mientras estés aquí.

Aquello fue definitivo. Le parecía absurdo, pero, al mismo tiempo, no quería que nada pusiera en peligro su plan de conquistarla.

Haría de tripas corazón y se apuntaría a la excursión. En el poco tiempo que llevaba bajo la lluvia ya tenía el pelo empapado. El impermeable había mantenido su cuerpo seco, pero no sería por mucho tiempo. En cualquier caso, prefería la incomodidad a perder la oportunidad de estar con ella. No podía desperdiciar ni un segundo. Además, daba por hecho que el paseo iba a ser corto.

Capítulo 43:

—Quítate la ropa —Él enarcó las cejas, asombrado, y ella se puso roja durante un segundo, hasta que aclaró lo que había querido decir —ese impermeable no es adecuado, ponte esta capa y cámbiate de botas también.

Desde luego, no había utilizado la expresión más adecuada. Se reprendió internamente a sí misma. Tenía un plan: convertir el paseo en un pequeño infierno incómodo, de manera que no tuvieran la mínima tentación de caer uno en los brazos del otro. Pero para que saliera bien, tenía que mantener la calma y el control constantemente, nada se le podía escapar de las manos. Y ahora mismo había sido ella quien había estado a punto de mandar todo al traste.

Por suerte, Dankworth se quedó callado y la obedeció sin rechistar. Se quitó su abrigo, inadecuado para el clima inhóspito de Escocia y que ya estaba completamente empapado y se puso la capa que, además, tenía capucha. Y también se quitó sus elegantes botas de montar, embarradas totalmente, y se puso las botas de cuero tosco pero grueso que ella le ofreció. Se acabaría mojando, pero más lentamente. Justo lo que ella quería: que estuviera incómodo, pero no tanto como para que abortara la excursión antes de tiempo.

—Sí, así mucho mejor —le dijo ella, dándole un rápido vistazo. Y lo llevó a un pequeño establo individual donde descansaba un caballo —Esta va a ser tu montura —le dijo, satisfecha.

Se trataba de un caballo fuerte, de patas anchas y cortas y pelaje grueso. El tipo de montura apropiada para Escocia, al igual que la yegua que iba a montar ella.

El caballo pura sangre en el que había llegado él no habría aguantado ni media hora las condiciones del terreno y del tiempo que hacía aquel día.

Daba por hecho que a Dankworth no le iba a gustar el cambio de montura, pero que tampoco se iba a quejar. Justo lo que ella buscaba: incomodidad aceptable.

Y, efectivamente, no se quejó. Pero reaccionó de manera inesperada:

Primero arqueó sus cejas de nuevo, en aquella expresión irónica que, maldita sea, le hacía aún más atractivo y luego, con su dicción perfecta, dijo:

—No sabía que íbamos a arar un campo.

Y ella, de nuevo, no pudo evitar soltar una carcajada.

No solo tenía una compatibilidad física total con Dankworth, también tenían el mismo sentido del humor.

Aquello hacía más difícil que mantuviera la distancia con él, porque no había nada más desarmante que compartir bromas, por eso, apagó su risa inmediatamente y le dijo, brusca de nuevo:

—Vamos o se nos hará tarde.

Y se puso a andar delante de él, tirando de su yegua.

Por desgracia, la manera en la que él le había mirado cuando ella había reído tampoco le estaba ayudando a recuperar el control.

Cuando había soltado la carcajada en la anterior broma, le había parecido que la miraba de forma diferente y ahora comprobó que era así. Era una mirada distinta, divertida, pero también vió admiración y ternura…

¿¿¡¡Ternura!!??

Cuando se le ocurrió la idea, por suerte, ya estaba caminando de espaldas a él, aśi él no puedo ver que, de nuevo, se ponía roja.

Aún no sabía qué estaba pasando con Dankworth, pero tenía claro que era algo que escapaba a su control y era peligroso, muy peligroso. Así que agradeció salir del establo y notar la lluvia fría caer sobre sus hombros.

Tenía pensado un paseo largo y difícil. Dankworth era un buen jinete, así que no correría peligro, pero no estaba acostumbrado al difícil terreno escocés, así que tendría que concentrarse mucho y, esperaba, se le quitarían las ganas de bromear.

Una vez fuera, en silencio, se montaron ambos sobre sus monturas y con Faith ligeramente adelantada, comenzaron el paseo.

Capítulo 44:

Comenzaron el paseo en silencio, escuchando tan solo el ruido de la lluvia sobre el páramo y los árboles y el ruido de los cascos de los caballos, convertido en un chapoteo constante, ya que estaba todo encharcado o con barro.

A pesar de las circunstancias adversas, iban al paso, como si estuvieran paseando por los civilizados jardines londinense una mañana de primavera soleada. La idea de ella había sido esa, que el paseo les hiciera estar incómodos, de manera que la atracción que sentían quedara mitigada por esa incomodidad, sin embargo Faith enseguida se dio cuenta de que no iba a funcionar.

Al contrario.

Era una situación objetivamente molesta, pero en vez de sentirse incómoda, empezó a sentirse bien. Muy bien. Mejor que nunca.

Cabalgar junto a Dankworth, dejándose envolver por la naturaleza salvaje le empezó a provocar un calor interno y una armonía como no había sentido nunca.

Una armonía de ella con la naturaleza, de él con la naturaleza, pero también de ellos dos juntos.

Incluso la lluvia y los caballos parecían estar perfectamente acompasados.

Era como si estuvieran en el lugar adecuado, en el momento adecuado y con la persona adecuada.

Era como si toda su vida les hubiera dirigido hacia aquel momento.

Él iba a su lado, mirando al frente, como si fuera absorto en sus pensamientos. Pero ella supo que a él le estaba pasando lo mismo.

Y entonces él giró su cabeza lentamente y la miró.

Y Faith supo que estaba perdida.

Capítulo 45:

Sintió una corriente que la acercaba a Dankworth, una corriente de una fuerza inusitada e irresistible. Vio que su plan no solo no había salido como esperaba, sino que se estaba convirtiendo en lo opuesto.

De repente, bajo la lluvia, empapados, con frío, Faith se dio cuenta de que había más peligro de caer en sus brazos que el que había habido nunca.

Más incluso que treinta y cinco años atrás, cuando habían cedido a sus impulsos.

Pero Faith McKay no había llegado a donde había llegado porque se rindiera. Ella se había hecho una promesa y la iba a cumplir.

A toda costa.

Y se le ocurrió algo.

Y lo hizo.

Espoleó a su caballo con toda sus fuerzas y lo puso a cabalgar, a toda velocidad, colina abajo.

Y pareció que salía bien, porque Dankworth no la siguió.

Capítulo 46:

Al principio, mientras bajaba, sintió una euforia indescriptible. La lluvia golpeando su cara le hizo sentirse vivificada y ganadora. Era una situación vertiginosa, ya que la yegua iba a galope tendido y la pendiente era pronunciada, pero ella era una amazona experta, su yegua —Blue— era ágil y resuelta, además de estar acostumbrada a aquellos páramos.

Pero fundamentalmente sintió alivio, por haber escapado de lo que estaba a punto de ocurrir.

Por haber escapado…

Justo en el mismo momento en que se dio cuenta de que en realidad no había ganado ninguna batalla, sino que se había limitado a huir como una cobarde, ocurrió algo.

En el terreno había una enorme zanja que estaba tapada por la alta hierba, ella no la vio, Blue, que tenía los ojos empañados por la lluvia, tampoco, el animal metió los cuartos delanteros totalmente, se desequilibró, alzó los traseros por el desequilibrio y por la inercia de la bajada, hasta el punto que dio la vuelta completa sobre sí misma, y acabó cayendo al suelo sobre el lomo. Y su cuello se apoyó con fuerza sobre una roca puntiaguda.

El ruido del hueso del cuello al romperse se escuchó alto y perfecto. Blue había relinchando mientras caía, pero después del sonido de rotura no se escuchó nada más.

Blue se quedó con los ojos abiertos en una expresión mezcla de miedo y sorpresa.

Había muerto en el acto.

¿Y Faith?, ¿qué había ocurrido con ella?

Había conseguido mantenerse en la montura, apretando sus piernas con fuerza contra el lomo del animal hasta que este había llegado a la verticalidad, pero en cuanto había empezado a girar más, ella se había caído. Y había tenido más suerte que su montura,

ya que había caído sobre la única zona en la que había hierba alta y ni una sola roca.

Bueno, había tenido una suerte relativa, ya que el cuerpo de Blue había caído sobre su tobillo derecho.

Durante un tiempo que a Faith se le hizo insignificante y eterno al mismo tiempo, no se escuchó nada más, aparte de la lluvia.

Ella cerró los ojos y se dejó mojar mansamente por aquella lluvia mientras iba aceptando lo que acababa de ocurrir.

Había matado a Blue por su mala cabeza, por cobarde, y se había roto un tobillo.

Había matado a Blue…

Cuando asumió aquello, las lágrimas, calientes y saladas, empezaron a resbalar por sus mejillas. No había dolor más grande que aquel: era culpable de lo que le había ocurrido a la fiel Blue.

¿Cómo se le había ocurrido lanzarla así, cuesta abajo?

En ese momento, cuando las lágrimas incontrolables caían sobre su rostro, escuchó algo junto a su oído izquierdo.

Y lo vio.

Una bota sobre la hierba.

Una bota que conocía perfectamente, porque formaba parte del par que le había ofrecido a Dankworth antes de salir.

Capítulo 47:

—Pega el rostro a mi pecho y sujetate fuerte pasando tus brazos por mi cuello.

La voz grave y ronca de Dankworth junto a su oído la meció. Se sintió refugiada y cuidada y decidió dejar de pensar, dejar de resistirse.

Todo había empezado un minuto antes, cuando Dankworth había llegado hasta donde había caído ella. Había tardado poco dadas las circunstancias, así que supuso que él también se había arriesgado al bajar la empinada cuesta y habría llevado su caballo al límite, pero un límite seguro, ya que ambos, jinete y caballo, habían llegado sanos y salvos a donde estaba ella.

Inmediatamente él se había agachado junto a ella y le había dicho, suavemente pero con seguridad:

—No te preocupes, voy a sacarte de aquí, vas a estar bien.

Luego él se había apartado un poco y había examinado su tobillo, de una manera tan delicada que no sólo no sintió dolor, sino que la calidez de sus grandes manos le produjo alivio.

El estuvo unos instantes valorando lo que veía, supuso ella, que seguía tumbada sobre la hierba, llorando, pero viera lo que viera, decidió seguir tranquilizándola y le repitió: "vas a estar bien".

Finalmente se acercó de nuevo a su cuerpo y añadió aquella frase: "Pega el rostro a mi pecho y sujetate fuerte pasando tus brazos por mi cuello"

Y ello lo hizo, y él la levantó, como si no pesara nada y empezó a caminar.

La lluvia arreciaba, pero se sintió refugiada, a salvo en el lugar en el que debía estar.

Capítulo 48:

—Colina abajo he visto una cabaña, vamos a ir allí, a examinar mejor tu tobillo y a secarnos un poco antes de volver al castillo.

A Faith le dio un vuelco al corazón: sabía a qué cabaña se refería.

Cuando había planeado todo en la comodidad del castillo, cuando había pensado que podía controlar a Dankworth haciéndole cabalgar durante todo un día en el páramo inhóspito, ni se le había pasado por la imaginación que pudieran acabar de aquella manera. Si alguien le hubiera dicho que iba a acabar entrando en los brazos de Dankworth en la pequeña cabaña de caza que estaba en sus dominios, se habría reído, por lo absurdo que le habría parecido la idea.

Conocía la cabaña perfectamente, en principio era un habitáculo pensado para ser utilizado en temporada de caza si el tiempo se ponía imposible, como estaba en ese momento. pero lo cierto era que nunca la había utilizado para esa función. En realidad la había utilizado como lugar de refugio y de paz.

Carran Loch Castle era un refugio para ella, pero en el castillo nunca estaba totalmente sola: estaban los criados, los mozos de cuadra y las visitas periódicas, como la de su hijo. Pero a veces ella necesitaba estar sola, completamente sola.Y era entonces cuando se refugiaba un par de días en la cabaña. Allí no escuchaba más que los fenómenos de la naturaleza y los animales. Allí se sentía libre del todo.

Y la había hecho decorar de forma sencilla pero muy acogedora. Una cama grande, mullida, un sofá cubierto por una manta de lana gruesa, varios candelabros con velas que le gustaba encender al anochecer.

Aquel lugar era su secreto, sólo suyo.

Ni siquiera le había permitido a su hijo la entrada.

Y ahora otra persona lo iba a conocer. Pero no una persona cualquiera, sino la última persona a la que le hubiera gustado dejar entrar…. hasta cinco minutos atrás….

Porque cuando esta idea apareció en su mente, con la cara hundida en el pecho de él, mientras aspiraba su olor varonil, otra idea, nueva, pero más intensa que nada que hubiera pensado antes, se abrió paso en su mente.

Y se apoderó de ella.

De repente, Dankworth era la única persona a la que quería dejarle entrar.

Capítulo 49:

—Esto es… magnífico.

Dankworth acababa de abrir la puerta de la cabaña y se había quedado, con Faith en sus brazos aún, mirando la estancia con admiración.

La mezcla de la madera que cubría todo: paredes, techo y suelo, y la calidez de los muebles y accesorios del lugar le impresionaron y no pudo evitar expresarlo en alto.

—Si, lo es.

Respondió ella, con voz segura.

Y entonces él la miró.

Y entendió.

—¿Es tu refugio?

Faith asintió, pero no se limitó a eso, también le respondió:

—No había dejado entrar a nadie hasta ahora. Eres el primero.

Dankworth se la quedó mirando con intensidad, valorando si lo que acababa de decir era algo agradable o desagradable para ella.

Decidió que al menos no era desagradable. Quizá porque estaba dolorida por el tobillo y apenada por la pérdida de Blue, parecía más suave con él, más dispuesta a aceptarlo.

Pero no pensaba confiarse. Llevaban treinta y cinco años como el perro y el gato y no se quería hacer ilusiones. Aunque él había cambiado, ella seguramente seguiría rechazándolo. Lo que estaba ocurriendo era una tregua por el accidente, así que se recordó a sí mismo que no podía dar un solo paso en falso.

No se acercaría a ella con ninguna intención sexual, se mantendría en su sitio, caballeroso y amable, como el amigo que le había dicho que quería ser. Y solo si ella le daba alguna señal de que podía avanzar, lo haría, pero con cuidado, con mucho cuidado.

Al hacer un reconocimiento del lugar había visto la cama, grande y mullida, y decidió que no miraría más en su dirección.

Así que se dirigió hacia el sofá y una vez allí, dejó a Faith sobre él, con muchísimo cuidado.

En cuanto ella se soltó de su cuello y en cuanto perdió el contacto de su cuerpo contra el de él, sintió un gran vacío.

¿Cómo podía haber estado separado de Faith tantos años?

Respiró hondo y se separó de ella.

Lo curioso fue que su suspiro no fue el único, al unísono, se escuchó también uno de Faith, sonando exactamente igual que el suyo.

Dankworth no quiso mirarla, no quería comprobar qué le había ocurrido a ella, quizá en su caso se había tratado de un suspiro de alivio y prefería no saberlo. Quería conservar la esperanza de que podía conseguir que ella sintiera lo mismo que él.

Así que se centró en algo neutro y, al mismo tiempo, muy importante: su tobillo.

Se arrodilló en el suelo, sobre una mullida alfombra de pelo de oveja y cogió el tobillo de ella con sus dos manos. El pie parecía diminuto entre ellas.

Poco a poco, empezó a palparlo con una delicadeza extrema, porque no quería hacerle daño, solo quería valorar su estado.

Estuvo así unos minutos, sintiendo la piel del tobillo de ella entre sus manos, sin mirarla a los ojos. Tenía que tener mucho cuidado para que ella no adivinara sus sentimientos intensos y no se alejara de él.

Al cabo de ese minuto se sintió preparado, además, tenía buenas noticias.

—No está roto, solo magullado. Estarás unos días incómoda pero luego…

No terminó la frase.

Faith tenía la boca entreabierta, la respiración contenida y le miraba fijamente. Y él supo leer su mirada. Lo tuvo fácil, porque lo que vio fue lo mismo que él estaba sintiendo.

Esta vez no hubo amenazas ni dedos levantados ni provocaciones, esta vez no hubo rabia y deseo al mismo tiempo.

Esta vez todo fue natural, como debía ser:

Un hombre y una mujer uniendo sus labios porque ambos sabían que ese era su destino.

Capítulo 50:

La lluvia caía en un murmullo constante contra los pequeños ventanales de la cabaña, un telón íntimo que parecía protegerlos del resto del mundo. Los labios de Faith encontraron los de Dankworth con una suavidad temblorosa, como si temieran romper el frágil instante que los unía tras tantas heridas. Fue un roce leve al principio, apenas una caricia húmeda, y sin embargo, en ese contacto, los suspiros se mezclaron, tibios, urgentes.

—Faith… —susurró él contra su boca, el nombre escapándose como una plegaria.

Ella respondió con un suspiro que se convirtió en un nuevo beso, más profundo, más seguro. Sus labios se movieron al compás de un anhelo largamente contenido, descubriendo en cada roce un lenguaje olvidado. Dankworth inclinó el rostro para buscarla mejor, y sus manos, firmes pero reverentes, se deslizaron hasta enmarcar su cuello, sintiendo el calor de su piel bajo la de él.

—Dankworth… —murmuró ella, con un tono que mezclaba alivio y deseo.

Él la atrajo hacia sí y el beso se tornó más intenso, como si la lluvia misma corriera por sus venas. Faith sintió la fuerza de sus brazos rodeándola, protegiéndola, y apoyó las manos sobre su pecho, percibiendo el latido acelerado bajo la tela húmeda de su camisa.

No había ya desconfianza ni separación, solo el calor que crecía entre ellos.

El beso fue eterno y cuando se separaron, lo hicieron apenas lo suficiente para mirarse, sus frentes unidas, respirando el aire que el otro dejaba escapar. Dankworth pasó una mano por su espalda y la estrechó contra sí, mientras ella cerraba los ojos y apoyaba el rostro en su hombro, escuchando el compás perfecto de sus corazones reconciliados.

Las manos de Dankworth comenzaron a explorarla con una delicadeza casi temblorosa, como si cada curva de su cuerpo fuera territorio sagrado que redescubría tras una larga ausencia. Sus dedos descendieron por la línea de su espalda, siguiendo el relieve de su silueta a través de la tela, como un viajero que reconoce el camino solo por el tacto.

Faith, aún atrapada en el círculo de sus brazos, dejó que sus manos se aventuraran sobre su pecho, sintiendo bajo la tela la solidez de sus hombros, la calidez que irradiaba como un fuego encendido en medio de la tormenta. El latido que golpeaba contra su palma la estremeció; era como si el corazón de él marcara el compás de lo que sucedía entre ambos.

La lluvia golpeaba con más fuerza los cristales, pero en la cabaña solo existía el roce de sus cuerpos, la respiración que se aceleraba en un diálogo sin palabras. Los labios se encontraron de nuevo, esta vez con una ansia más urgente, como si cada beso fuese un sorbo de algo que temían perder.

Dankworth deslizó la mano hasta la curva de su cintura, acercándola más, y sintió cómo el calor de ella atravesaba cada capa de tela. Faith, con un leve temblor, enredó los dedos en el cabello de él, acercándolo aún más, como si deseara que no quedara un solo espacio entre ellos.

Era como el despertar de un incendio bajo la nieve: lento, inevitable, cada roce encendía otro punto de calor hasta que ambos quedaron envueltos en una tensión que solo podía crecer. La cercanía se volvió su único mundo, y el perfume tenue de ambos, mezclado con el aroma húmedo de la lluvia, se convirtió en el aire que respiraban.

La mano de Dankworth se deslizó hasta el broche de su capa, y con un gesto lento, casi solemne, la dejó caer al suelo. Faith sintió el peso de la tela desaparecer de sus hombros, dejando que el calor de su cercanía la envolviera por completo. Su mirada se cruzó con la de él, y en sus ojos no había solo deseo, sino el reflejo de una memoria compartida, de una noche lejana que seguía viva entre ellos como una brasa que jamás se apagó.

Ella sintió un estremecimiento recorrerle la piel, por la certeza de que cada gesto los llevaba de regreso a un lugar del que habían estado desterrados treinta y cinco años.

Sus miradas se unieron de nuevo y en ese instante ambos supieron que estaban recordando lo mismo: aquella noche única que había dejado como huella imborrable a Charles… y el calor salvaje de un lecho que estaban a punto de recobrar.

—Faith… —su voz se quebró, cargada de deseo.

Ella alargó la mano, desabrochando con lentitud los botones de su chaleco, sintiendo bajo sus yemas la firmeza que aún conservaba su torso.

Él, a su vez, dejó que sus dedos encontraran el borde de su vestido, alzándolo poco a poco, descubriendo la calidez de sus muslos.

En el silencio roto sólo por la lluvia, la habitación comenzó a llenarse del eco de lo que fueron… y de lo que, en ese instante, estaban a punto de volver a ser.

La tela cedía entre sus manos como si supiera que debía apartarse del camino. Dankworth deslizó las mangas del vestido de Faith por sus hombros, dejando al descubierto la tersura pálida de su piel, apenas iluminada por el resplandor gris que filtraba la lluvia. Ella cerró los ojos al sentir el calor de sus manos, que recorrían lentamente la línea de sus brazos hasta atraparla por la cintura.

Los labios de él buscaron la suave curva del cuello de ella, donde el pulso latía rápido, y allí dejó un beso prolongado que hizo que ella respirara hondo, casi temblando. Sus dedos, como en un ritual conocido, recorrieron la forma de su espalda, la hondura de la cadera, reconociendo cada relieve con la reverencia de quien vuelve a tocar un libro sagrado.

Faith, con manos decididas, desabrochó la camisa de Dankwort, sintiendo bajo sus dedos la calidez firme de su pecho, la piel aún poderosa. Se inclinó apenas, rozando con sus labios esa piel, y un suspiro profundo escapó de él, vibrando en su garganta.

Cuando estuvieron casi desnudos, se quedaron un instante quietos, mirándose, como si quisieran memorizar lo que el tiempo les había regalado y arrebatado. Sus cuerpos, distintos a los de

aquella noche de juventud, guardaban sin embargo la misma verdad: el uno pertenecía al otro.

Él pasó la mano por el costado de su torso, ascendiendo hasta la curva plena de su seno, sintiendo cómo su respiración se aceleraba bajo su caricia. Ella respondió acercándose más, dejando que el calor de su piel se fundiera con la de él, y ambos sintieron cómo aquella vieja llama, lejos de apagarse con los años, ardía ahora con un fuego más profundo, más consciente, más suyo que nunca.

El cuerpo de Faith se arqueó instintivamente hacia el de Dankworth, buscando un contacto más pleno, más hondo. Él la sostuvo con fuerza, sintiendo la presión suave y cálida de sus pechos contra su torso desnudo, el roce que encendía descargas por todo su cuerpo. Sus labios descendieron hasta la delicada cima de cada uno de sus senos acariciándolas con devoción, como si quisiera grabar en la memoria su sabor y su forma.

Ella dejó escapar un suspiro roto, aferrándose a los hombros de él, y sus manos, atrevidas ahora, recorrieron la firmeza de su espalda, bajando hasta la solidez de sus caderas. La cercanía se volvió casi insoportable; los muslos de Faith se entreabrieron apenas, y él, como recordando un lenguaje antiguo, dejó que su palma se posara sobre esa calidez palpitante, sintiendo la tensión que se acumulaba en cada fibra de su cuerpo.

—Oh, sí… —murmuró ella, la voz temblando entre deseo y ternura.

Él cerró los ojos, aspirando el perfume de su piel, y la atrajo más, hasta que ya no hubo espacio entre sus caderas.

Los cuerpos de Faith y Dankworth se entrelazaron con una urgencia contenida durante todo el tiempo que habían estado separados, como si cada roce quisiera reparar décadas de distancia y desencuentros. Sus manos exploraban con un fervor reverente —los pechos de ella, firmes y cálidos bajo sus palmas, respondían a caricias suaves y luego más decididas, mientras sus pezones se endurecían al contacto, como pequeños faros que despertaban viejas pasiones.

Los muslos se rozaban con un fuego contenido, un susurro de promesas calladas, y el calor se acumulaba entre ellos, un lenguaje sin palabras que solo ellos conocían.

Dankworth sentía cómo la respiración de Faith se volvía entrecortada, cómo el deseo se manifestaba en cada pequeño temblor que recorría su cuerpo. Sus dedos se movían con cuidado y reverencia, reconociendo cada curva, cada sombra de su piel, como si la tocara por primera vez y al mismo tiempo por última.

La lluvia fuera golpeaba como el latido acelerado de sus corazones, y dentro del refugio, envueltos en el aroma tenue de la piel y la lluvia, se fundieron en un abrazo que sellaba no solo su pasión, sino una vida entera de anhelo. En ese instante, nada existía fuera de ellos; solo la eternidad contenida en un beso, en un suspiro, en el calor de dos cuerpos que por fin volvían a ser uno.

La tensión que había crecido en cada caricia, en cada roce, alcanzó finalmente su clímax como una ola imparable que se estrellaba contra la costa. Los cuerpos de Faith y Damkworth se movieron al unísono, guiados por un ritmo antiguo, casi instintivo, que los llevaba hacia un éxtasis largamente esperado.

Ella arqueó la espalda, entregándose a la corriente de sensaciones que la envolvía, mientras él la sostenía con fuerza, sus manos firmes recorriendo cada línea de su piel, avivando el fuego que ardía en su interior. Los suspiros se hicieron más profundos, más urgentes, y sus cuerpos temblaron juntos, como si en ese instante se disolvieran todos los años de distancia.

El mundo desapareció en un remolino de sensaciones; la lluvia golpeando los cristales se convirtió en un eco lejano frente al torrente que los consumía. Cuando finalmente llegaron al clímax, fue con un grito contenido, un suspiro ahogado, una explosión de calor y ternura que los dejó exhaustos pero unidos más allá de cualquier palabra.

En la calma que siguió, permanecieron entrelazados, sus cuerpos aún palpitando al ritmo del amor que por fin habían podido aceptar.

Capítulo 51:

Faith despertó con la luz pálida del amanecer filtrándose a través de las ventanas. Con lentitud, estiró un pie bajo las sábanas para encontrar el calor que esperaba a su lado, ese calor que el cuerpo de Dankworth había dejado impregnado en su piel.

Y en ese momento su corazón se detuvo.

No había nada. Solo la fría sábana y un vacío tangible, un hueco imposible de ignorar.

Abrió los ojos de golpe, pensando que era un error, que él estaría aún a su lado, o recién levantado, desnudo, mirándola al pie de la cama de la misma manera que la había mirado toda la noche…

Pero no, en la habitación no había nadie aparte de ella.

Y respecto a la ropa, ocurría lo mismo. En el suelo continuaban su capa, su vestido y sus enaguas, tal y como habían quedado cuando se había desprendido de ellas, apresurada por la urgencia, pero no había ni rastro de las de él. No estaban la capa que ella le había dado, ni la camisa y el chaleco que ella misma le había casi arrancado, no estaban los pantalones que él se había quitado apresuradamente, dejando a la vista una erección maravillosa.

No había nada de él.

Todo estaba vacío de Dankworth.

Se quedó quieta unos segundos, respirando con dificultad, como si ese vacío fuera una losa sobre su pecho. Aquella ausencia repetía la vieja historia. Faith cerró los ojos y se dejó arrastrar a aquel amanecer de treinta y cinco años atrás. Recordó el frío suelo de la habitación cuando se vistió apresuradamente.

Su soledad.

Pensó en las miradas de los criados, en el cochero con sus ojos acusadores, que la había llevado sin mediar palabra, y sobre

todo, en la mezcla de vergüenza y rabia que la había consumido entonces.

Con movimientos controlados, se incorporó lentamente, dejando caer las sábanas a sus pies con un sonido sordo. Cada latido de su corazón parecía un recordatorio punzante de aquella promesa que se había hecho a sí misma tantos años atrás: jamás volvería a dejar que un hombre accediera a esa parte frágil y vulnerable de ella. Esa promesa había sido su escudo, su fortaleza en el mundo.

Y la noche anterior la había roto.

Y el desastre se había vuelto a producir.

Dankworth, una vez más, la había abandonado.

Pugnando por contener las lágrimas que querían aflorar, se concentró en calmar su respiración, pero le estaba resultando difícil.

Imposible.

Eran demasiadas emociones, todas negativas.

Era, de nuevo, la vergüenza. Y la rabia. Y la culpa, por haber sido débil y dejarse llevar.

Pero lo peor de todo era el dolor. Un dolor físico y de espíritu.

El cuerpo y el alma le dolían por la ausencia de Dankworth. Ahora ya no era una joven inexperta, era una mujer adulta con una vasta experiencia a sus espaldas. Había compartido lecho con muchos hombres, había disfrutado del sexo, pero nunca, jamás, había sentido lo que Dankworth le había provocado la noche anterior. Incluso el recuerdo de su primera noche hacía treinta y cinco años palidecía ante lo que acababa de vivir: La unión perfecta, el convertirse en uno, en el goce y en el amor.

Porque sí, Faith había sentido amor. Se había disuelto en él.

Y ahora todo aquello había desaparecido. Para siempre.

Quizá, con mucho tiempo, superaría la vergüenza, la rabia y la culpa, pero ¿cómo iba a superar no tenerle?

Sintió que le faltaba el aire y se dirigió hacia la puerta, necesitaba respirar aire frío para que sus pulmones reaccionaran.

Y abrió la puerta y su corazón se detuvo de nuevo.

Capítulo 52:

El sol brillaba alto sobre el páramo, disipando las últimas gotas de lluvia que habían caído durante la madrugada. El aire era limpio y puro y la luz, maravillosa. El paisaje desprendía una calma y una belleza que producían aún más dolor en comparación al derrumbe interno que Faith estaba sufriendo.

Y ya no pudo contener las lágrimas. Se derramaron sobre sus mejillas sin control, al igual que unos hipidos ahogados.

Faith, la fuerte y dura Faith, acababa de derrumbarse por completo.

Dos metros alejado de ella, Dankworth, con un ramillete de flores silvestres en la mano, la miraba sin entender e, inmediatamente, alarmado por sus lágrimas, se acercó a ella en dos grandes zancadas y la abrazó:

—¿Qué te pasa, mi amor? —preguntó, con alarma en la voz.

Faith, entre sollozos acongojados, apenas pudo susurrar:

—Pensaba… pensaba que te habías ido.

Él la apretó contra sí, con una firmeza que transmitía todo el amor del mundo:

—No, mi amor, claro que no. Había salido a recoger unas flores para ti. No te dejaré jamás, Faith, he sido un estúpido durante treinta y cinco años, no lo voy a ser ni un segundo más..

Sus palabras fueron mágicas y borraron décadas de dolor en un instante. Faith levantó la cabeza y lo miró con ojos cargados de esperanza y amor.

Con suavidad, Dankworth la alzó en sus brazos, y sus labios se encontraron en un beso dulce, lleno de una felicidad más allá de las palabras. Rieron entre besos, entre caricias, como dos almas que habían recorrido un largo camino para encontrarse al fin.

Cuando por fin se separaron, con las mejillas húmedas y las sonrisas aún intactas, Faith, con una chispa traviesa en la mirada,

susurró:

—¿Qué pensará Charles de todo esto?

Él sonrió:

—No sé si le gustará mucho la idea, pero tendrá que acostumbrarse.

Ambos rieron, el sonido llenó el aire del páramo y sus labios se encontraron de nuevo, sellando con un beso el inicio de una nueva vida.

FIN

Querida lectora, espero que hayas disfrutado con la historia de Faith y Dankworth. Es la quinta novela de la saga **"Damas Indómitas"**. La próxima y última novela de esta serie, ya en preventa, es **"Matrimonio pactado"** y saldrá a la venta el 1 de enero de 2026.

También tengo que anunciarte que el 31 de octubre voy a sacar una nueva novela. Puedes leer la sinopsis y comprarla en preventa, si te gusta, en el siguiente enlace: **"Lord Firestone y Miss Brown"**

Por otro lado, tengo publicadas tres sagas más: **"Los Cornwall**", cuya primera novela puedes encontrar aquí: "No necesito un vizconde" . Las Arlington, cuya primera novela es "Duelo de seducción" y la serie **"Solteronas"**, cuya primera novela es "Un marqués para una solterona"

El resto de mis publicaciones y novedades las tienes en mi página personal de Amazon.

Olympia ❦